

Laura Alcoba
Leandro Ávalos Blacha
Mario Bellatin
Marcel Bénabou
Nicolás Buenaventura
Jorge Carrión
Horacio Castellanos Moya
John M. Coetzee

ME

Sergio Chejfec
Carlos Gamerro
Margo Glantz
Elena Gorokhova
Grassa Toro

LO LLEVARÉ

Gail Jones
Nicholas Jose
Sheila Kohler
Alexander Kluge

Ercole Lissardi
Santiago Loza
Lina Meruane

A LA

Minae Mizumura
Santiago Nazarian
Cees Nooteboom
Edmundo Paz Soldán

Giovanna Rivero
Sérgio Sant'Anna
Ernesto Semán

SEPULTURA

Steinunn Sigurðardóttir
Daniela Tarazona
Gonçalo M. Tavares

ME LO LLEVARÉ A LA SEPULTURA

MALBA

ME

LO LLEVARÉ

A LA

SEPULTURA

Malba Literatura

María Soledad Costantini

Magdalena Arrupe

Carla Scarpatti

Me lo llevaré a la sepultura

Edición

Magdalena Arrupe

Traducciones

Del alemán, Carla Imbrogno.

Del francés, Agustina Blanco.

Del holandés, Isabel-Clara Lorda Vidal.

Del inglés, los textos de John Coetzee,

Gail Jones, Nicholas Jose y Minae Mizumura

por Magdalena Arrupe. Los textos de Elena Gorokhova

y Sheila Kohler por Patricia Amos.

Del islandés, Sólmundur Ari Björnsson.

Del portugués, Ivana Ruiz.

Corrección

Hernán Arias

Diseño gráfico

Bruno Fernández

Esta publicación se realizó gracias

al apoyo del Comité de Programas

Públicos de Malba.

©Malba

Fundación Costantini, 2016.

Me lo llevaré a la sepultura,

Septiembre 2016.

Reservados todos los

derechos de esta edición.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
María Soledad Costantini	
NOTA A LA EDICIÓN IMPRESA	11
Magdalena Arrupe	
AGRADECIMIENTOS	15

ME LO LLEVARÉ A LA SEPULTURA

LA HIJA DE TROTSKI	17
Margo Glantz (<i>México</i>)	
LIBERATION	21
Cees Nooteboom (<i>Holanda</i>)	
MORIR EN UN PAÍS QUE APENAS SE CONOCE A SÍ MISMO	27
Minae Mizumura (<i>Japón</i>)	
ME ACUERDO DE LOS ACONTECIMIENTOS	33
Marcel Bénabou (<i>Francia</i>)	
UN TIRO EN EL CORAZÓN	39
Sérgio Sant'Anna (<i>Brasil</i>)	
LA NIEVE EN LA GUERRA FRÍA	45
Steinunn Sigurðardóttir (<i>Islandia</i>)	

LONDRES, 1962 John M. Coetzee (<i>Sudáfrica</i>)	51
LA DECISIÓN Elena Gorokhova (<i>Rusia</i>)	57
PRIMERA MUERTE Santiago Loza (<i>Argentina</i>)	63
TIMOR ORIENTAL Gail Jones (<i>Australia</i>)	67
MAO Ernesto Semán (<i>Argentina</i>)	71
MAÑANAS Lina Meruane (<i>Chile</i>)	75
CRUCE DE CAMINOS Sheila Kohler (<i>Sudáfrica</i>)	79
TOQUE DE QUEDA Edmundo Paz Soldán (<i>Bolivia</i>)	85
TIEMPO Gonçalo M. Tavares (<i>Portugal</i>)	89
LOS DIOSES DEBEN ESTAR LOCOS Daniela Tarazona (<i>México</i>)	93
LA CEREMONIA DEL ATÚN Horacio Castellanos Moya (<i>Honduras</i>)	97
EL MOMENTO MÁS PELIGROSO DE LA GUERRA FRÍA Alexander Kluge (<i>Alemania</i>)	101

IMPUNIDAD Nicolás Buenaventura (<i>Colombia</i>)	107
EL RUIDO DEL SILENCIO Grassa Toro (<i>España</i>)	111
ESPERO NO LLEVÁRMELO A LA TUMBA Carlos Gamarro (<i>Argentina</i>)	115
PERSPECTIVA Nicholas Jose (<i>Australia</i>)	119
MIL AUSTRALES Leandro Ávalos Blacha (<i>Argentina</i>)	125
EL VIEJO SILLÓN Laura Alcoba (<i>Francia</i>)	129
LA HISTORIA VISTA DE FRENTE Sergio Chejfec (<i>Argentina</i>)	135
2005. PRIMER ACONTECIMIENTO Giovanna Rivero (<i>Bolivia</i>)	139
TEMBLORES DEL OTRO LADO DEL MUNDO Santiago Nazarian (<i>Brasil</i>)	143
LA CRISIS ESPAÑOLA Jorge Carrión (<i>España</i>)	147
EL PAGO POR SER Mario Bellatin (<i>México</i>)	151
MEMORIA Y ÁNGEL Ercole Lissardi (<i>Uruguay</i>)	155

PRESENTACIÓN

María Soledad Costantini

En su ensayo de 1930, *Magia del Libro*, Hermann Hesse dice: “De los muchos mundos que el hombre no ha recibido como regalo de la naturaleza sino que ha creado con su propio espíritu, el mundo de los libros es el más grande... Sin palabras, sin escritura, sin libros, no hay historia, no existe el concepto de la humanidad. Y si alguien intentara guardar en un espacio pequeño, en una sola casa o en una habitación, la historia del espíritu humano, sólo podría conseguirlo con una selección de libros”.

Quisiera expresar mi agradecimiento al Comité de Programas Públicos de Malba por su apoyo al área de Literatura en la realización de este libro en papel, a los escritores participantes por donar sus textos y a todos los gestores, agentes literarios, traductores y personas que hicieron posible la realización de este proyecto.

Desde sus inicios, Malba Literatura ha desarrollado actividades de promoción y difusión de la literatura en distintos formatos como presentaciones, conferencias, encuentros con autores y homenajes que incluyen lecturas, performances, intervenciones teatrales y musicales, proyecciones de documentales biográficos y adaptaciones cinematográficas.

Actualmente se realizan un promedio de treinta cursos a cargo de escritores y especialistas y cerca de cincuenta actividades gratuitas a lo largo del año.

A partir de un trabajo que se desarrolla semana a semana y con el constante apoyo de las embajadas, centros de cooperación cultural de diversos países, editoriales locales y extranjeras, universidades y bibliotecas, hemos contado con la participación de alrededor de setecientos escritores, críticos e intelectuales nacionales e internacionales. Por mencionar tan sólo algunos, nos han honrado con su presencia los Premios Nobel de Literatura: José Saramago, Orhan Pamuk y John Coetzee, así como Carlos Fuentes, Alain Robbe-Grillet, Sophie Calle, Paul Auster, Tom Wolfe, Gayatri Spivak, Slavoj Žižek, Augusto Roa Bastos, Arnaldo Antunes, Enrique Villa Matas, Julian Barnes, Hanif Kureishi, David Lodge, Alessandro Baricco, así como los argentinos Juan José Saer, Ricardo Piglia, Rodolfo Fogwill, Marcelo Cohen, Daniel Link, Liliana Heker, Edgardo Cozarinsky, Griselda Gambaro, Hebe Uhart, Arnaldo Calveyra, Josefina Ludmer, Luisa Valenzuela, Diana Bellessi, Sylvia Iparraguirre, Abelardo Castillo, Cristina Piña, entre muchísimos otros.

Hermann Hesse cierra su ensayo con estas palabras: “Del tejido intrincado de innumerables idiomas y libros de varios milenios, contempla en momentos iluminados al lector una quimera sublime y suprarreal: el rostro del ser humano, en una unidad mágica de mil rasgos contradictorios.”

NOTA A LA EDICIÓN IMPRESA

Magdalena Arrupe

El proyecto *Me lo llevaré a la sepultura* fue concebido en el marco de la exhibición *Memorias imborrables: Una mirada histórica sobre la Colección Videobrasil*, inaugurada en Malba el 25 de junio del año 2015. Esta exhibición, curada por Agustín Pérez Rubio, está compuesta por una serie de piezas audiovisuales que indagan sobre la memoria histórica.

Motivados por la exhibición y con el interés de reflexionar sobre la relación entre experiencia, historia y literatura, Malba Literatura convocó a treinta escritores nacidos entre 1930 y 1980 para que narraran el recuerdo personal de un acontecimiento histórico. Los textos debían ocupar entre una línea y una página. Los principales referentes para este proyecto fueron Joe Brainard (1942–1994), el artista y escritor estadounidense que en 1970 publicó *I remember*, un libro compuesto por una lista de recuerdos de su vida infantil y adulta, y el escritor francés Georges Perec (1936–1982), un entusiasta de los inventarios que hizo célebre esta forma literaria de recordar en su libro *Je me souviens*, de 1978.

La convocatoria mantiene el criterio internacional de la exhibición *Memorias imborrables*, e intenta cubrir un amplio arco de edades y nacionalidades de los escritores que participan. Esta colección fue concebida para ser publicada en tres volúmenes en formato e-book a través de la página web de

Malba durante la exhibición, pero debido al valor no sólo literario sino también testimonial de estos textos, creímos necesario imprimirla en un único volumen. Las historias de *Me lo llevaré a la sepultura* corresponden a treinta anécdotas que, aunque personales, tienen resonancias colectivas. En gran medida estos testimonios son memorias políticas y de modos de participación social. Algunos textos toman el camino de la especulación, de la resolución imaginaria; otros señalan la dificultad de dar a los recuerdos una valoración definitiva. Hablan de una Historia que, como señala Cees Nooteboom en *Liberation*, no es la que cuentan los documentales. Los textos han sido ordenados siguiendo un criterio cronológico, de acuerdo con las fechas que ellos mismos sugieren. El libro comienza con el recuerdo de la escritora mexicana Margo Glantz, *La hija de Trotski*, que sitúa en Ciudad de México en 1939, e inicia a partir de allí un recorrido que se detiene en momentos claves de la historia del siglo XX a través de la mirada de estos autores.

Sheila Kohler, Elena Gorokhova y Steinunn Sigurðardóttir han sido traducidas por primera vez al español; Laura Alcoba, John M. Coetzee, Nicholas Jose, Minae Mizumura, Sérgio Sant'Anna, Marcel Bénabou, Gail Jones, Gonçalo M. Tavares, Alexander Kluge, Cees Nooteboom y Santiago Nazarian ya tenían libros o cuentos traducidos y publicados en Buenos Aires. Junto con los escritores Leandro Ávalos Blacha, Mario Bellatin, Nicolás Buenaventura, Jorge Carrión, Horacio Castellanos Moya, Sergio Chejfec, Carlos Gamerro, Margo Glantz, Grassa Toro, Ercole Lissardi, Santiago Loza, Lina Meruane, Edmundo

Paz Soldán, Giovanna Rivero, Ernesto Semán y Daniela Tarazona, son treinta autores de diecinueve países y siete idiomas cuyos recuerdos se publican en este libro. Todos los textos aparecen en su idioma original, acompañados de una traducción al español cuando fue necesaria.

AGRADECIMIENTOS

A los autores Laura Alcoba, Leandro Ávalos Blacha, Mario Bellatin, Marcel Bénabou, Nicolás Buenaventura, Jorge Carrión, Horacio Castellanos Moya, John M. Coetzee, Sergio Chejfec, Carlos Gamerro, Margo Glantz, Elena Gorokhova, Grassa Toro, Gail Jones, Nicholas Jose, Sheila Kohler, Alexander Kluge, Ercole Lissardi, Santiago Loza, Lina Meruane, Minae Mizumura, Santiago Nazarian, Cees Nooteboom, Edmundo Paz Soldán, Giovanna Rivero, Sérgio Sant'Anna, Ernesto Semán, Steinunn Sigurðardóttir, Daniela Tarazona y Gonçalo Tavares por su generosa participación en este volumen.

Al Comité de Programas Públicos de Malba por su apoyo para la realización de esta publicación.

MARGO GLANTZ

Nació en Ciudad de México en 1930.

Es escritora, ensayista y crítica literaria. Entre otros libros ha publicado *Las mil y una calorías*, *Doscientas ballenas azules*, *Las genealogías*, *Apariciones* y *El rastro*. Recibió numerosas distinciones, entre las que se destacan el premio Xavier Villaurrutia, las becas Guggenheim y Rockefeller y el Premio Nacional de Ciencias y Artes de México.

LA HIJA DE TROTSKI

Cuando era yo muy niña mi padre usaba barba; parecía un Trotski joven. A Trotski lo mataron, y si acompañaba yo a mi padre por la calle la gente decía: “Mira, ahí van Trotski y su hija”. A mí me daba miedo y no quería salir con él. Antes de morir Diego Rivera le dijo a mi papá: “Cada vez te pareces más a aquel”. Mis padres coinciden en que el ruso de Rivera era imperfecto pero muy sugestivo a pesar del mal acento. En enero de 1939 mi padre fue atacado por un grupo fascista de Camisas Doradas que se reunieron en la calle 16 de Septiembre, donde mis padres tenían una pequeña boutique de bolsas y guantes llamada Lisette. La barba, el tipo de judío y quizá su parecido con Trotski hicieron de Jacobo Glantz el blanco perfecto para una especie de *pogrom* o linchamiento. Trataron de colocar a mi padre sobre la vía del tren para que éste le pasara encima, mientras otros arrojaban piedras y gritaban insultos tradicionales. Mi padre pudo escapar ayudado por algunos transeúntes asombrados, entrar a la boutique y subir al tapanco. El hermano de Siqueiros que pasaba por allí y entraba a saludar a mis padres (vendía por entonces grabados de su hermano) se colocó en la puerta con los brazos extendidos y gritó: “Péguenme a mí”. Mientras, mi madre que, como ella dice, no parecía judía por su pelo negro (entonces no tenía canas), pudo salir con una empleada rubia, también judía, y pasar a la sastrería de junto donde pidió auxilio

por teléfono. La puerta de la tienda era de vidrio y los manifestantes arrojaban piedras, alguna de las cuales hirió a mi padre en la frente. Al rato llegaron los bomberos y un capitán (mi madre cree que se llamaba general Montes) que ayudaron a mi padre a salir de la tienda. Despavorido, mi padre gemía y uno de los bomberos le dijo: “No llores, judío, venimos a salvarte”. Lo envolvieron en un capote negro, lo cargaron como a un niño y lo subieron al carro. Mi madre pudo cerrar la cortina de fierro con algunos amigos, entre ellos el hermano de David Alfaro que creo entonces aún se encontraba en la cárcel por haber querido matar a Trotski. Mi padre llegó a nuestro departamento situado en la calle de Zaragoza al que nos acabábamos de mudar (unos días antes mi madre recuerda haber roto un espejo). Lo vi en la cama con la frente ensangrentada y mucha gente venía a saludarlo con caras espantadas.

CEES NOOTEBOOM

Nació en La Haya en 1933.

Es autor de novelas, poesía, ensayos y libros de viaje.

También ha traducido poesía española, catalana,
francesa, alemana, y teatro americano.

Entre otros libros ha publicado *Rituales*, *Los zorros vienen de noche*, *La historia siguiente*, *Perdidos en el paraíso*, *Cartas a Poseidón*, y *Sueños y otras mentiras*. Entre los premios que recibió se destacan el Premio Constantin Huygens y el Premio de las Letras Holandesas.

LIBERATION

*“The problem is, that after so many years,
documentaries and real memories not always can be separated”.*

¿Qué es lo que vi con mis propios ojos? Aquel primer día de la guerra en 1940. La entrada triunfal del ejército alemán en La Haya. Tengo seis años. ¿Qué recuerdo exactamente de los años posteriores, del periodo de la ocupación? ¿Un ladrón asesinado a tiros con un cartel sobre su cuerpo que dice “Soy un ladrón”? ¿O es eso la imagen de un documental? En La Haya se vivió en 1944 el “invierno del hambre”. Mis padres estaban separados, a mí me llevaron a la casa de mi madre que vivía en la provincia donde había más alimentos. ¿Qué imágenes he retenido? Un paracaidista inglés o americano colgado de un árbol. Y aquellos alemanes en retirada, con el miedo y la derrota escritos en sus rostros. Y el sonido inolvidable de los bombarderos de camino a Hamburgo, Berlín y Dresde. Y las voces radiofónicas. Palabras: Stalingrado. La voz chillona de Goebbels: *“Wollt ihr den totalen Krieg?”*¹ Cosas que los adultos decían y no decían. Y, de repente, todo había pasado. El recuerdo que acompaña todo aquello es un olor. El olor a gasolina, también inolvidable. El color militar de una moto, un soldado canadiense que me levanta y me sienta en la moto. Me permite sostener el volante enorme con mis flacos brazos de muchacho.

1. “¿Quieren la guerra total?”

Conduce a toda velocidad por el pueblo donde vivíamos. El rugido del motor, el intenso olor a gasolina que había regresado de pronto. Más adelante, quizá sean otra vez los documentales, la euforia de las mujeres y de las muchachas cuando llegaron los canadienses. Lo vi y no lo vi. Posteriormente, durante las celebraciones del Día de la Liberación, vuelvo a ver a los canadienses, ahora ancianos, luciendo hileras de condecoraciones y extrañas gorras de coronel, algunos en sillas de ruedas. Existen unos versos famosos del poeta holandés Leo Vroman que rezan: *Kom vanavond met verhalen / hoe de oorlog is verdwenen / en herhaal ze honderd malen / alle malen zal ik wenen*. “Cuéntame esta noche las historias / de cómo pasó la guerra / y repítelas cien veces / que cada vez lloraré de pena”. ¿Lloré yo entonces? No. ¿Lloré cuando después de la liberación vi la ruina en la que se había convertido la casa de mi padre en el devastado barrio de Bezuidenhout?²² Tampoco. Encima de los escombros encontré el tapón de un hervidor de agua con silbato. Sigo viendo este objeto frente a mí, todavía hoy. No existe una tumba de mi padre. Debe de haber existido una, compartida con la de muchos otros. Pero la tumba carece de nombre, no está en ningún lugar. Nunca he podido saber quién fue mi padre en realidad. El bombardeo de La Haya fue un error que el gobierno británico jamás ha reconocido. Murió muchísima gente. Se produjeron enormes daños materiales. Nunca se pagó por ello una indemnización. Quizá los Países Bajos nunca se atrevieron a tocar el tema con un aliado. La guerra había pasado.

2. Barrio residencial de La Haya.

LIBERATION

*“The problem is, that after so many years,
documentaries and real memories not always can be separated”.*

Wat heb ik zelf gezien? Die eerste oorlogsdag in 1940. Het Duitse leger dat triomfantelijk binnentrekt in Den Haag. Ik ben dan 6 jaar oud. Wat herinner ik me werkelijk van de jaren daarna, de tijd dat de bezetting duurde? Een neergeschoten plunderaar met een bord op zijn lijk “ik ben een plunderaar”? Of was dat toch een documentaire? In Den Haag kwam in 1944 de hongervinter, mijn ouders waren gescheiden, ik werd naar mijn moeder in de provincie gebracht, waar meer te eten was. Wat waren de beelden? Een dode engelse of amerikaanse parachutist hangend in een boom. En die afdruipende Duitsers op de terugtocht, met de angst en de nederlaag in hun gezichten. En het voor altijd onvergetelijke geluid van de bommenwerpers op weg naar Hamburg, Berlijn en Dresden. En radiostemmen. Woorden: Stalingrad. De schreeuwende stem van Goebbels: “Wollt ihr den totalen Krieg?” Dingen die volwassenen zeiden en niet zeiden. En toen was alles ineens voorbij. De herinnering die daarbij hoort is een geur. De geur van benzine, ook dat onvergetelijk. De legerkleur van de motor, een canadese soldaat die mij optilt en voor op de motor zet. Ik mag het enorme stuur vasthouden met twee magere jongensarmen. Hij racet

door het dorp waar wij woonden. Het lawaai van de motor, de sterke geur van benzine die er plotseling weer was. Daarna, en dat zijn weer de documentaires, de extase van de vrouwen en de meisjes toen de Canadezen binnentrokken. Ik moet het gezien hebben en niet gezien. Bij latere bevrijdingsfeesten zie ik die Canadezen terug, nu oude mannen met rijen ridderordes en vreemde regimentspetten, soms in rolstoelen. Er is een beroemd Nederlands gedicht dat zegt :“*Kom vanavond met verhalen / hoe de oorlog is verdwenen / alle malen zal ik wenen.*”¹ Heb ik gehuild, toen? Nee. Toen ik na de bevrijding de puinhoop van het huis van mijn vader zag in het verwoeste Bezuidenhout?² Ook niet. Op de puinhoop vond ik de dop van een fluitketel. Die zie ik nog voor me, nog steeds. Een graf van mijn vader is er niet. Er moet er een geweest zijn, samen met dat van veel anderen. Maar het graf heeft geen naam, hij is nergens. Ik heb nooit geweten wie hij werkelijk was. Het bombardement van Den Haag was een vergissing die door door de Engelse regering nooit is toegegeven. Er waren heel veel doden. Er was een gigantische materiële schade. Schadevergoeding is er nooit voor betaald. Misschien durfde Nederland er tegenover de bondgenoot nooit over te beginnen. De oorlog was voorbij.

1. Poem by Leo Vroman.

2. Bezuidenhout: residential quarter of The Hague.

MINAE MIZUMURA

Nació en Tokio en 1951.

A los 12 años se mudó con su familia a Nueva York y estudió literatura francesa en la Universidad de Yale. Al terminar la carrera, volvió a su país y se dedicó a escribir ficción. *Una novela real* y *La herencia de la madre* son sus novelas editadas en español. Entre otros, recibió el Premio Yomiuri, uno de los mayores reconocimientos literarios de Japón.

MORIR EN UN PAÍS QUE APENAS SE CONOCE A SÍ MISMO

Para una niña japonesa que nació justo cuando terminaba la ocupación americana, nada era más sencillo que entender la historia de su país. Olviden los detalles. Todo lo que tenía que saber era que el pasado de su país estaba dividido en dos períodos, el malo y el bueno, o *antes* de la Guerra y *después* de la Guerra. Le contaron que las cosas habían sido terribles en su país *antes* de la Guerra. Naturalmente, la Guerra en sí había sido terrible. Y su pueblo también se había comportado de forma terrible, tan terrible que de hecho merecían todo lo que obtuvieron, incluyendo el *Little boy* en Hiroshima y el *Fat man* en Nagasaki que afortunadamente habían puesto fin a toda su locura. Estaba agradecida de haber nacido *después* de la Guerra, sabiendo que los días oscuros –los días sombríos– habían finalmente terminado y que de allí en más todo iría cada vez mejor. “Feudal” es la palabra que los adultos instruidos usaban para desdeñar todos y cada uno de los vestigios de su pasado, y el país entero le daba alegremente la despedida al “feudal” esto y el “feudal” aquello. Un tazón de arroz era feudal, y debía ser reemplazado por brillantes rebanadas de pan blanco que como todos sabían te hacía más inteligente. Los budines de arvejas eran feudales, debían ser sustituidos por esponjosas y cremosas tortas que como todos sabían te hacían más fuerte. Los vendedores de tofu debían desaparecer porque debías comer bistec en su lugar.

El futón debía ser reemplazado por las camas. El kimono por los pantalones y los vestidos. Los caracteres chinos debían ser reemplazados por signos fonéticos. Tal vez en una década o dos, los japoneses alcanzarían a ser tan inteligentes y fuertes como los americanos.

Este agosto se cumple el septuagésimo año luego de que Japón ingresara a este dichoso estadio histórico. Setenta años es mucho tiempo. La niña que nació después de la Guerra es ahora una mujer aproximándose al invierno de su vida. Sin sorpresa, ella está comenzando a comprender, como algunos otros en su país, que algo salió terriblemente mal mientras ellos se deshacían alegremente de su pasado. Y ahora, claro, es demasiado tarde. Han sido abandonados con un país que apenas se conoce a sí mismo, un país que apenas tiene historia. Qué triste es que sea este saber el que ella deba llevar a su sepultura.

TO DIE IN A COUNTRY THAT BARELY KNOWS ITSELF

For a little Japanese girl born just as the American occupation was ending, nothing was simpler than understanding her country's history. Forget the details. All she had to know was that her country's past was divided into two periods, the bad and the good, or *before* the War and *after* the War. She was told that things had been terrible in her country *before* the War. Naturally, the War itself had been terrible. And her people too had been terrible—so terrible in fact that they deserved all they got, including the Little Boy in Hiroshima and the Fat Man in Nagasaki which had thankfully put an end to their folly. She was grateful to be born *after* the War, knowing that the dark days—the unenlightened days—were finally over and that from now on everything could only be more and more wonderful. “Feudal” was the word learned adults used to disparage each and every vestige of their past, and the whole country happily bade farewell to “feudal” this and “feudal” that. A bowl of rice was feudal; it must be substituted by slices of bright white bread which everyone knew made you smarter. Bean cakes were feudal; they must be taken over by fluffy, creamy cakes which everyone knew made you stronger. Tofu-sellers must disappear because you should be eating steaks instead. Futon should be replaced by beds. Kimono should be replaced by dresses and pants. Chinese characters should be replaced by phonetic signs.

Maybe in a decade or two, the Japanese people would be just as smart and strong as the Americans.

This August marks the seventieth year after Japan entered this blissful historical stage. Seventy years is a long time. The little girl after the War is now a woman approaching the winter years of life. Not surprisingly, she is finally beginning to realize, along with some others in her country, that something went terribly amiss as they happily got rid of their past. Yet, alas, all is too late. They are now left with a country that barely knows itself, a country that barely has any history. How sad that this should be the realization and the knowledge she must take to her grave.

MARCEL BÉNABOU

Nació en Meknès en 1939.

Se mudó a París en 1956 y vive allí desde entonces.

Es profesor emérito en la Universidad de París Diderot y secretario de OuLiPo, organización fundada por Raymond

Queneau, a la que ingresó en 1970 junto con Georges Perec. Entre otros libros, publicó *¿Por qué no he escrito ninguno de mis libros?* y *Tire este libro antes de que sea demasiado tarde*. Dirigió durante veinte años el seminario Georges Perec.

ME ACUERDO DE LOS “ACONTECIMIENTOS”

El final de mi infancia en Marruecos, entre mis catorce y mis dieciséis años (para ser más preciso, del verano de 1953 al otoño de 1956), estuvo marcado de forma indeleble por lo que se llamaba entonces, en los periódicos franceses, “los acontecimientos”. Se designaba así, mediante un término que pretendía ser neutro y llano, a la larga crisis que finalmente conduciría al país desde el estatuto de protectorado francés, al cual estaba sometido desde 1912, hasta su independencia.

Me acuerdo de la sorda lucha que llevaba a cabo aquel a quien llamaban el sultán Sidi Mohamed ben Yusef contra las más altas autoridades del protectorado, en particular, los generales Juin y Guillaume, que sucesivamente habían ejercido, con especial brutalidad, las funciones de residente general. Un episodio específico ha quedado incrustado en mi memoria, pues no ha dejado de ser para mí fuente de mala consciencia: la destitución del sultán y su exilio, junto con su familia, primero en Córcega y luego en Madagascar, en la muy lejana ciudad de Antsirabe, en el tórrido calor del mes de agosto de 1953.

En ese entonces, yo estaba en Rabat, pasando mis vacaciones en casa de una de las hermanas de mi madre. Sin lugar a duda, fueron unas vacaciones bastante agitadas. Apenas me encontraba fuera, si es que accedían a dejarme salir, no podía evitar ver por doquier los rastros de los desmanes y disturbios

que se iban amplificando día tras día: a escasos pasos del edificio donde vivía mi tía, el largo y lento desfile de cientos, quizás miles de jinetes bereberes que parecían salidos de un viejo álbum de imaginería colonial, albornoz al viento, con el cañón del fusil apuntando por encima del turbante. También era difícil no toparme con las calles cortadas, los cruces bloqueados por tanques, las columnas de legionarios en patrulla, ni con los alarmantes titulares que se desplegaban en las primeras planas de los diarios.

¿Por qué esos recuerdos habrán sido para mí, hasta este día, fuente de una muy persistente mala consciencia? Resulta que, a decir verdad, yo no había sopesado en absoluto la importancia de esos acontecimientos, ni la repercusión que tendrían en mi vida futura. Porque ese verano, confieso, la febril lectura de *Las mil y una noches* ocupaba mi mente y mi imaginación infinitamente más que la crisis marroquí. Por supuesto que no era consciente de la monumental metida de pata histórica que había detrás de la política de violenta represión que entonces fustigaba al nacionalismo marroquí. Pero, asomándome apenas de las delicias ininterrumpidas del cuento oriental, casi que veía en toda esta agitación una imperdonable falta de buen gusto.

JE ME SOUVIENS DES “ÉVÉNEMENTS”

La fin de mon enfance au Maroc, entre ma quatorzième et ma seizième année (pour être plus précis: de l'été 1953 à l'automne 1956) a été marquée d'une façon indélébile par ce qu'on appelait alors, dans les journaux français, « les événements ». On désignait ainsi, d'un terme qui se voulait neutre et sans relief, la longue crise qui devait finalement mener le pays du statut de protectorat français, auquel il était soumis depuis 1912, jusqu'à son indépendance.

Je me souviens de la lutte sourde menée par celui qu'on appelait le Sultan Sidi Mohamed ben Youssef contre les plus hautes autorités du protectorat, en particulier les généraux Juin et Guillaume, qui avaient successivement exercé, avec une particulière brutalité, les fonctions de résident général. Un épisode en particulier s'est incrusté dans ma mémoire, car il n'a cessé d'être pour moi une source de mauvaise conscience: dans la chaleur torride du mois d'août 1953, la destitution du Sultan et son exil, avec sa famille, en Corse d'abord, puis à Madagascar, dans la très lointaine ville d'Antsirabe.

J'étais alors à Rabat, en séjour de vacances chez une des sœurs de ma mère. Ce furent à coup sûr des vacances plutôt agitées. À peine dehors, quand on voulait bien me laisser sortir, je ne pouvais m'empêcher de voir partout les traces des désordres et des troubles qui s'amplifiaient de jour en jour : à quelques pas

seulement de l'immeuble où habitait ma tante, le lent et long défilé, par centaines, peut-être par milliers, de cavaliers berbères qui semblaient sortis d'un vieil album d'imagerie coloniale : le burnous flottant, le canon du fusil pointant au-dessus du turban. Difficile aussi de ne pas me heurter aux rues barrées, aux carrefours bloqués par des chars, aux colonnes de légionnaires en patrouille, ainsi qu'aux titres alarmants qui s'étaient étalés à la une des journaux.

Pourquoi ces souvenirs ont-ils été pour moi, jusqu'à ce jour, la source d'une très persistante mauvaise conscience ? C'est qu'à vrai dire je n'avais pas du tout mesuré l'importance de ces événements, et du retentissement qu'ils devaient avoir sur ma vie à venir. Car cet été-là, je l'avoue, la lecture fiévreuse des *Mille et une nuits* occupait infiniment plus mon esprit et mon imagination que la crise marocaine. Je n'étais évidemment pas conscient de la monumentale bévée historique qu'il y avait derrière la politique de répression violente qui sévissait alors contre le nationalisme marocain. Mais, sortant à peine des délices ininterrompues du conte oriental, je n'étais pas loin de voir dans toute cette agitation une impardonnable faute de goût.

SÉRGIO SANT'ANNA

Nació en Río de Janeiro en 1941.

Ha publicado obras de teatro, poesía, novelas y cuentos. Entre sus libros editados en la Argentina se encuentran *Un crimen delicado* y *El monstruo*.

Cinco de sus obras fueron adaptadas al cine.

Ha sido becado por el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de París, y participó del International Writing Program en la Universidad de Iowa, EE.UU.

UN TIRO EN EL CORAZÓN

Aunque vivían en Río de Janeiro, en 1954, mis padres me mantenían interno en el Colegio San José, de los Hermanos Maristas, en el barrio de Tijuca, en la misma ciudad. Brasil vivía una crisis sin precedentes, después de que mataron a un mayor de la Fuerza Aérea en un atentado contra el político Carlos Lacerda, el mayor enemigo del presidente Getulio Vargas.

Las investigaciones, coordinadas por la Fuerza Aérea, llegaron a Gregorio Fortunato, guardaespaldas de Getulio. La oposición conspiraba para derrocar al Presidente y corría por la ciudad la noticia de que Getulio sería llevado a declarar a una base militar, suprema humillación.

En la madrugada del 24 de agosto, luego de una reunión con sus principales colaboradores, en la que Getulio tuvo que oír más que hablar, se retiró a su dormitorio. Allí redactó una carta-testamento y, en seguida, se escuchó un tiro que sonó en todo el Palacio de Catete. Corrieron a su cuarto y allí estaba Getulio muerto, con un revolver junto al corazón. En toda la ciudad se oían rumores de que habría un enfrentamiento entre los partidarios de Vargas y sus enemigos, todos militares. En el colegio marista había mucha excitación, pues los hermanos no pudieron esconderles a los alumnos, por mucho tiempo, el suicidio del Presidente. Tampoco querían estar con los alumnos, en el caso de una revuelta sangrienta. Entonces nos ordenaron

llamar a nuestros padres para que nos vinieran a buscar y nos llevaran a casa.

El único teléfono estaba en la portería del colegio. Cuando me llegó el turno, a media mañana del día 24, simplemente fingí que llamaba y le dije al portero que mis padres me habían autorizado a salir por mi cuenta. Él se lo creyó.

Crucé las puertas del internado, bajé las largas escalinatas y le dije al encargado del portón de hierro que da a la calle que me habían autorizado a salir solo. Él también se lo creyó.

Salí a la calle y tomé un ómnibus a Botafogo, el barrio en que yo vivía, bien lejos de Tijuca. Durante todo el trayecto vi tanques en la calle y soldados atrincherados. No sentí nada de miedo pero sí una gran excitación, euforia en realidad, por estar presenciando esos acontecimientos. Pero ni un tiro fue disparado.

Al llegar a casa, mis padres me retaron en grande, pero no escondí mi alegría, sabiendo que tendríamos algunos días de vacaciones hasta que se calmaran las cosas. Mi madre era lacerdistta y fanáticamente anti-getulista, mi padre se mantenía en una actitud de cautela. ¿Y yo? Yo no era nada, apenas un muchachito que acababa de vivir una aventura.

UM TIRO NO CORAÇÃO

Mesmo vivendo no Rio de Janeiro, em 1954, meus pais me mantinham interno no Colégio São José, dos irmãos maristas, no bairro de Tijuca, na mesma cidade. O Brasil vivia uma crise quase sem precedentes, depois que um major da aeronáutica foi morto num atentado contra o político Carlos Lacerda, maior inimigo do presidente Getúlio Vargas.

As investigações, coordenadas pela Aeronáutica, chegaram a Gregório Fortunato, guarda-costas de Getúlio. A oposição conspirava para derrubar o presidente e corria pela cidade a notícia de que Getúlio seria levado a depor numa base da Força Aérea, suprema humilhação.

Na madrugada de 24 de agosto, após uma reunião com seus principais colaboradores, em que Getúlio mais ouviu do que falou, ele se recolheu a seu quarto. Lá redigiu uma carta-testamento e, logo depois, ouviu-se um tiro que ecoou por todo o palácio de Catete. Correram ao seu quarto e lá estava Getúlio morto, com um revólver junto ao coração. Em toda a cidade corriam rumores de que haveria um enfrentamento entre os partidários de Vargas e seus inimigos, todos militares. No colégio marista a excitação era grande, pois os irmãos não puderam esconder dos alunos, por muito tempo, o suicídio do presidente. Também não queriam ficar com os alunos, no caso de uma revolta sangrenta. Então mandaram que cada um telefonasse a seus pais, para virem buscá-lo e levá-lo para casa.

O único telefone era na portaria do colégio. Quando chegou a minha vez, no meio da manhã do dia 24, simplesmente fingi que telefonava e disse ao porteiro que meus pais me autorizaram a sair sozinho. Ele acreditou.

Cruzei as portas do internato, desci sua longa escada e falei ao encarregado do portão de ferro para a rua que estava autorizada a ir embora sozinho. Ele também acreditou.

Saí para a rua e peguei um ônibus para Botafogo, bairro onde morava, bem distante da Tijuca. Durante todo o trajeto vi tanques na rua e soldados entrincheirados. Não senti qualquer medo mas somente uma grande excitação, euforia mesmo, por estar presenciando aqueles acontecimentos. Mas nenhum tiro foi disparado.

Ao chegar em casa, levei uma grande descompostura de meus pais, mas sem que eu escondesse a minha alegria, sabendo que teríamos alguns dias de férias, até as coisas se acalmarem. Minha mãe era lacerdista e fanaticamente anti-getulista, meu pai se mantinha numa atitude de cautela. E eu? Eu não era nada, apenas um garoto que acabara de viver uma aventura.

STEINUNN SIGURÐARDÓTTIR

Nació en Reykjavík en 1950.

Ha publicado poesía, cuentos, novelas y ensayos.

También traducciones literarias de prosa y poesía.

Entre sus libros se encuentran *Women of Quality*, *Jojo*,

The Love of the Fish y *The Thief of Time*.

En 1995 recibió el Premio Nacional de Literatura
de Islandia.

LA NIEVE EN LA GUERRA FRÍA

Cuando crecía en Reykjavík la nieve era un luminoso compañero de juego que estaba en todas partes durante los días cortos de los inviernos largos. Se extendía por todas partes, a tal punto que uno podía construir casas de nieve y quedarse en ellas con chocolate caliente y una vela encendida. Hacíamos hombres y mujeres y niños de nieve y nos pasábamos el rato dándoles vida, creándoles caras, atando bufandas alrededor de sus cuellos. Uno podía también recostarse en la nieve y crear ángeles moviendo los brazos y las piernas. Y la nieve era la base para la diversión perfecta, andar en trineo, esquiar. También se podía comer. Era un gozo especial. Pero llegó el día cuando se nos prohibió comer nieve porque podría ser radioactiva. Los rusos hacían estallar bombas nucleares en Nóvaya Zemlyá –a 2.700 kilómetros de distancia– que contaminaban hasta Islandia.

El día que nos comunicaron que no podíamos comer nieve, cambió mi idea sobre el mundo y todo lo que había en él. No se veía ninguna diferencia entre la nieve nueva y peligrosa y la vieja e inocente, pero el contenido había cambiado. Se escondía un peligro invisible en nuestra nieve. Incluso ahí había empezado una guerra fría que envenenaba la vida de los niños y adolescentes de mi generación, en todo el mundo donde se escuchaban noticias. La amenaza nuclear nos acechaba

día y noche, había miedo de que el mundo pudiera colapsar en cualquier momento. Aquel que tuviera doce años y siguiera las noticias sobre la inminente guerra nuclear entre Rusia y Estados Unidos, durante los trece días de octubre de 1962, cuando la crisis de los misiles en Cuba llegó a la máxima tensión, no volvería a ser el mismo. La inocencia de todo el mundo había desaparecido, no solamente la inocencia de la nieve en Reykjavík.

KALDA STRÍÐIÐ Í SNJÓNUM

Þegar ég var að alast upp í Reykjavík var snjórinn alltumlykjandi bjartur leikfélagi í löngu skammdeginu. Jafnvel alltumlykjandi þannig að það mátti búa til hús úr snjó og halda til þar með heitu kakói og kertaljósi. Við bjuggum til snjókarla og snjókerlingar og snjóbörn og dunduðum okkur við að gæða snjófjölskyldurnar lífi, búa til á þær andlit, hnýta trefil um hálsinn á þeim. Það mátti líka leggjast á bakið í snjóinn og búa til engla með því að baða út höndum og fótum. Og snjórinn var grunnur fyrir hið fullkomna skemmtiatriði, að renna sér á sleða, að fara á skíði. Fyrir utan allt annað mátti borða snjóinn. Það var sérstök nautn. En sá dagur kom að okkur krökkunum var bannað að borða snjóinn. Vegna þess að hann gæti verið geislavirkur. Rússar voru að sprengja kjarnorkusprengjur á Novaja Semlja - 2700 kílómetra í burtu - og eitruðu frá sér alla leið til Íslands.

Daginn sem okkur var sagt að borða ekki snjóinn, breyttist hugmynd mín um heiminn og allt sem í honum er. Það sást enginn munur á nýja og hættulega snjónum og þeim gamla og saklausa. En innihaldið hafði breyst. Það leyndist ósýnileg hætta í snjónum okkar. Jafnvel þar var hafið kalt stríð sem hélt áfram að eittra líf barna og unglunga af minni kynslóð alls staðar í heiminum þar sem fréttir náðu eyrum þeirra. Kjarnorkuógnin vofði yfir okkur í vöku og svefni, óttinn um

að heimurinn gæti hrunið á hverri stundu. Sá sem var tólf ára og fylgdist með fréttum í þrettán daga í október 1962, af yfirvofandi kjarnorkustríði milli Rússa og Bandaríkjamanna þegar Svínaflóadeilan stóð sem hæst, varð ekki samur. Sakleysi heimsins alls var horfið, ekki bara sakleysið í snjónum í Reykjavík

JOHN M. COETZEE

Nació en Ciudad del Cabo en 1940.

Tiene más de veinte libros publicados, entre ellos las novelas *Elisabeth Costello*, *Infancia*, *Juventud*, *Verano* y *Desgracia*. Publicó además su obra ensayística como lingüista y crítico literario. En 2003 recibió el Premio Nobel de Literatura, y en dos ocasiones el Booker Prize, el premio más prestigioso de la literatura en lengua inglesa. Vive en Adelaida, Australia.

LONDRES, 1962

Dejé Sudáfrica en 1962 y me mudé a Londres. Quería cortar toda relación con mi tierra natal. Quería vivir en una gran ciudad cosmopolita, ser poeta, experimentar la agonía y el éxtasis que eran considerados parte de la vida de un poeta.

Pero Londres era fría y hostil. Los periódicos escribían sobre la amenaza de la guerra. Los americanos habían instalado misiles nucleares en Turquía, apuntando a Moscú. Ahora los rusos estaban instalando sus propios misiles en Cuba, apuntando a Washington. El aire estaba cargado de marchas y contramarchas, amenazas y denuncias. Gran Bretaña tenía sus propios escuadrones de bombas nucleares listos para atacar Rusia. Por lo tanto, si las hostilidades se desataban, los rusos atacarían Gran Bretaña inmediatamente. La isla sería borrada del mapa. Yo, un joven del lejano Sur que nada tenía que ver con esta belicoidad del Norte, sería aniquilado junto con todos los poemas que aún no había escrito.

Liderados por el anciano filósofo Bertrand Russell, decenas de miles de británicos marcharon por la paz y el desarme. Fueron ridiculizados en los medios. Fui a una de las concentraciones en Trafalgar Square, en el corazón de Londres. Era la primera manifestación en la que participaba en mi vida: en Sudáfrica todas las manifestaciones políticas estaban prohibidas.

Los cielos sobre Londres estaban grises, la multitud pa-

recía sombría. Podríamos morir mañana, podríamos morir hoy mismo. Ni siquiera escucharíamos nuestra muerte llegar. Habría un gran destello de luz y ese sería el final.

LONDON, 1962

I left South Africa in 1962 and moved to London. I wanted nothing more to do with the land of my birth. I wanted to live in a great world city, to be a poet, to experience the agony and the ecstasy that were reputed to be part of a poet's life.

London was cold and unwelcoming. The newspapers wrote of the threat of war. The Americans had sited ballistic missiles in Turkey, pointing at Moscow. Now the Russians were siting their own missiles in Cuba, pointing at Washington. The air was full of charges and countercharges, threats and denunciations. Britain had its own squadrons of nuclear bombers ready to strike Russia. Therefore if hostilities commenced, the Russians would at once strike Britain. The island would be wiped off the map. I, a youth from the far South who had no part in this Northern bellicosity, would be annihilated along with all the poems I had not yet written.

Led by the ageing philosopher Bertrand Russell, tens of thousands of British people marched in the cause of peace and disarmament. They were mocked in the media. I went to a rally in Trafalgar Square in the heart of London. It was the first rally I had been to in my life: in South Africa all political demonstrations were banned.

The skies over London were grey, the crowd was sombre. We could die tomorrow, we could die today. We would

not even hear our death coming. There would be a great flash of light and that would be the end.

ELENA GOROKHOVA

Nació en Leningrado en 1955, y a los 24 años emigró a los Estados Unidos. Es autora de dos libros de memorias, *A Mountain of Crumbs* y *Russian Tattoo*. Ha publicado numerosos ensayos en *The New York Times* y *The Daily Telegraph*. Tiene un doctorado en Lengua y actualmente vive y trabaja como docente en la ciudad de Nueva Jersey.

LA DECISIÓN

Nuestra maestra de tercer grado es alta y huesuda y lleva puesto un cárdigan marrón que le cuelga de los hombros rígidos como una percha. Enseña matemática e historia soviética, pero hoy está obsesionada con América. A través de una película granulada donde aparecen nubes en forma de hongos, nos enteramos de que desde el otro lado del océano hay misiles nucleares apuntando a nuestra escuela n° 241 en Leningrado. Esgrimiendo hojas mimeografiadas con fotos de máscaras de gas y trajes espaciales que dejan mudos a los cuarenta alumnos, incluyendo a los revoltosos del fondo, nos dice entre dientes, “es inminente”. Y da por concluida la clase decretando: “El único lugar donde pueden refugiarse es bajo tierra”.

Corro a mi casa y gritando le anuncio a mi madre que hay una bomba nuclear americana dirigiéndose a mi escuela que queda a sólo dos cuadras. “¿Dónde podemos ocultarnos?”, le pregunto mientras cuento los segundos hasta la explosión. “En el sótano”, dice mi madre, como si no supiera que el sótano es donde vive Grishka, el que junta a paladas la basura que tira cada departamento por los incineradores. Tiene aspecto de gnomo y asusta con esos dedos retorcidos y la nariz colorada en forma de papa gastada y los pelos negros que crecen en sus mejillas. En algunas ocasiones sube las escaleras de cemento para fumar un cigarrillo armado, siempre agazapado y

de espaldas al sol. El olor a basura queda impregnado mucho tiempo después de que se ha ido. Sé que duerme en el sótano, en ese mar subterráneo de basura en descomposición, en algún recoveco libre de cáscaras de papa y espinas de pescado.

La alarma nuclear puede sonar en cualquier momento, así que debo pensar con rapidez: ¿los residuos en descomposición o la bomba americana? Prefiero la muerte antes que entrar voluntariamente a la cueva mugrienta de Grishka entre los desechos del sótano. Así que rodeo la cintura de mi madre con los brazos, y hundiendo mi cara en su vestido estampado con manzanas rojas, aguardo la aniquilación.

THE CHOICE

Our third grade teacher is bony and tall, a brown cardigan trailing from her shoulders, stiff as a clothes hanger. She teaches arithmetic and Soviet history, but today she is adamant about America. From a grainy film featuring mushroom clouds we learn that nuclear missiles are pointed from across the ocean at our Leningrad school #241. “Any second”, hisses our teacher, brandishing mimeographed pages with pictures of gas masks and space suits that silence all forty of us, even the hooligans in the back. “The only place you can hide is underground”, she decrees and dismisses the class.

I run home and yell to my mother that an American nuclear bomb is headed for my school only two blocks away. “Where can we hide?”, I demand, counting the seconds until the explosion. “In the cellar”, my mother says, as if she didn’t know that the cellar is the home of Grishka, who shovels raw garbage dropped from each apartment through chutes. He is gnome-like and scary, with gnarled fingers, a wilted red potato nose, and black stubble sprouting through his cheeks. On rare occasions he climbs the cement steps and crouches on the ledge to smoke a hand-rolled cigarette, always with his back to the sun. His smell of garbage hangs in the air long after he is gone. I know he sleeps in the cellar, somewhere in a nook he cleared of potato peels and fish skeletons in his underground sea of decomposing trash.

The nuclear alarm may wail at any moment, so I have to think fast: the rotting detritus or the American bomb? I would rather die than voluntarily wade into the refuse of the cellar, into Grishka's soiled cave. So I throw my arms around my mother's waist, press my face into her dress with a red apple print, and wait for the annihilation.

SANTIAGO LOZA

Nació en Córdoba en 1971.

Es dramaturgo, guionista, director de cine y teatro.

En 2015 publicó el libro *Textos reunidos*, con sus obras más importantes. Como dramaturgo ha sido destacado con los premios Teatro XXI y Trinidad Guevara, y como director cinematográfico participó en festivales nacionales e internacionales, entre los que se destacan los de Cannes, Locarno y San Sebastián.

PRIMERA MUERTE

El primer recuerdo que tengo es del día en que se murió Perón.

Yo estaba en el patio, apenas había cumplido tres años. Jugaba con un muñeco en forma de perro, peluche marrón oscuro, símil caniche. Tuve a esa mascota durante años...(hasta los siete o más, donde me la quitaron o escondieron, pero esa es otra historia). Fuimos inseparables. Está conmigo en ese, mi primer recuerdo.

Sentados en el patio del fondo, era el invierno y creo que había sol. La siesta probablemente. Había pasto escaso y amarillo.

Mi hermana más grande, Carolina, estaba con su mejor amiga Mariela (que muchos años después se casó con un delincuente, se puso muy gorda y al final padeció un cáncer fulminante).

Ellas jugaban al elástico. Misteriosamente no estaban en clase. Mi recuerdo es difuso.

Estamos los tres (los cuatro contando mi perro) en ese patio invernal, de provincia seca y desesperanzada. Y mi hermana me cuenta que ha muerto Perón. Creo que ahí descubrí el asombro. No entendía bien de qué se trataba la muerte (tampoco sé si ahora lo comprendo); pero la muerte de Perón me resultaba imposible.

Perón no se muere. Traté a mi hermana de mentirosa, pero ella y su amiga juraron y perjuraron que decían la verdad. Perón había muerto ese día.

No creo que entendiera a mis tres años la importancia histórica de Perón. Dudo saber quién era. Pero, mi primer recuerdo es peronista.

Es un misterio por qué la noticia tuvo ese primer impacto. Perón no era querido en mi familia. Era motivo de insulto de padres y abuelos.

A los tres años, intuí que había seres que no morirían nunca. Lo supe con Perón, sin saber de quién se trataba. La muerte de Perón entró a mi parte no consciente. A mi memoria más remota. El primer asombro. La primera noticia de la muerte.

GAIL JONES

Nació en Harvey en 1955.

Es escritora y docente. Ha publicado los libros de cuentos *The House of Breathing* y *Fetish Lives*, y las novelas *Black Mirror*, *Sixty Lights*, *Dreams of Speaking*, *Sorry* y *Cinco campanas*, esta última traducida en Buenos Aires en 2014. Fue nominada al Premio Literario Internacional IMPAC de Dublín, y al premio literario francés Prix Femina.

TIMOR ORIENTAL

Recuerdo Timor Oriental en 1975, en los tiempos del interregno. Los portugueses se retiraron, el FRETILIN¹ gobernó un breve período, fue invadido por Indonesia y así comenzó un largo período de sufrimiento. Recuerdo el lento recorrido y el traqueteo del camión desde Bacau hacia Dili, las canciones y los rifles, los cuerpos de los chicos y los muchachos, todos urgidos de nuevas historias. Recuerdo el sabor del café arábigo y el amargo dulzor del tamarindo. Recuerdo los aromas de nuez de areca de bocas abundantes en tetun² y portugués; como si fueran flores, recuerdo, como si fuera sangre fresca, repentinamente, una premonición escarlata...

N. del T:

1. FRETILIN: Frente Revolucionario de Timor Oriental Independiente.
2. Tetun: Idioma oficial de Timor Oriental junto con el portugués.

TIMOR-LESTE

I remember Timor-Leste in 1975, the time of interregnum. The Portuguese withdrew, FRETILIN briefly ruled, then Indonesia invaded and the long sorrowing time began. I remember the slow jolting truck-ride from Bacau to Dili, the songs and the rifles, the bodies of boys and young men, all tensile for new histories. I remember the taste of Arabica coffee and bitter-sweet tamarind. I remember the sprays of spat betel nut from mouths rich with Tetum and Portuguese —so like flowers—, I remember, so like fresh human blood, so suddenly a scarlet premonition...

ERNESTO SEMÁN

Nació en La Matanza en 1969.

Es historiador y escritor. Su trabajo abarca obras de ficción, historia y política. Publicó las novelas

La última cena de José Stalin, Todo lo sólido
y *Soy un bravo piloto de la nueva China.*

Actualmente es profesor de Historia en la Universidad de Richmond, Estados Unidos.

MAO

Me acuerdo que mi padre me pasó a buscar a la tarde por la escuela y me llevó a tomar un submarino con un sacramento de jamón y queso. Me acuerdo que nos habíamos levantado temprano en “La casa de la Chinchurreta”, donde no vivía nadie de forma permanente más que una perra, la Chinchurreta, que alguien alimentaba una vez al día. Me acuerdo del olor a pis de perro y la cara de mi padre, su voz, diciéndome que había muerto Mao Tse Tung. Me acuerdo que era viernes. Mao murió ayer. Se murió Mao. Ayer. O anoche. Me acuerdo que en el café me contó que Martín Miguel de Güemes, que había muerto mucho antes, había sido el primer guerrillero de América Latina. Me acuerdo de la capa azucarada de los sacramentos. Me acuerdo de rutinas que en verdad sucedieron una sola vez. Me acuerdo del frío que hacía en Mar del Plata y del sobretodo que llevaba él. Y de la mano. Me acuerdo de mi hija riéndose con la batalla de legos entre la flota del Papa y la flota de Stalin. Me acuerdo de mi hija preguntando dónde está la flota de Stalin. Me acuerdo que no lloraba. Me acuerdo de mi padre llevándome de la mano por una calle que bajaba hacia el centro mientras recitaba: “Cultivo una rosa blanca / en julio como en enero / para el amigo sincero / que me da su mano franca. Y para el cruel que me arranca / el corazón con que vivo / cardo ni ortiga cultivo / cultivo una rosa blanca”. Me acuerdo de decirle a mi hija, desde la otra pieza, “no hija, hay que aprender a dormirse solo”.

LINA MERUANE

Nació en Santiago de Chile en 1970.
Es narradora y ensayista. Su obra de ficción incluye el libro de cuentos *Las Infantas* y las novelas *Fruta Podrida* y *Sangre en el Ojo*. Actualmente da clases de literatura y culturas latinoamericanas en la Universidad de Nueva York. Ha recibido los premios Anna Seghers y Sor Juana Inés de la Cruz.

MAÑANAS

Recuerdo haberme metido a la cama de mi madre, un sábado o tal vez un domingo. Recuerdo las sábanas floreadas bajo gruesas frazadas hechas para durar. Recuerdo que mi madre llevaba su mañanita de lana, esa maraña de agujeros por donde se colaba el frío que humedecía la casa. (La estufa a parafina se prendía sólo un par de horas por las noches pero nadie se quejaba, en esas madrugadas glaciales apuntábamos las palabras de aire caliente que surgían, vaporosas, de nuestros pulmones). Estábamos hechos para esos fríos feroces: a mi madre le bastaba su mañanita tejida sobre esos brazos flacos que levantaba para leer un diario enorme y lleno de mentiras, de omisiones. Debía ser 1977 o 1978 (el mes es otra omisión en mi memoria de entonces). Recuerdo el brillo de la bandeja de lata, las dos tazas ya vaciadas de té con leche, migas de pan sobre un plato. Recuerdo que mi padre entró a la pieza vestido entero de verde militar, calzado con gruesos bototos negros talla 45 que ahora me pregunto dónde podían haber encontrado, para él, en ese Chile de hombres famélicos. Recuerdo haber preguntado por qué llevaba ese uniforme pero no de dónde lo había sacado. Recuerdo que la respuesta seca de mi madre (escudada tras el diario) fue que tenía entrenamiento. Mi madre se tragó la palabra que faltaba pero yo había comprendido. Si estallaba la guerra lo mandarían al frente, a hacer el servicio militar que mi padre nunca había hecho. Mi padre había

estudiado medicina, en vez. Mi padre trabajaba ahora en uno o dos hospitales, hacía turnos dos o tres noches a la semana, atendía media consulta privada y casi no nos hablaba porque ese esfuerzo adicional le resultaba excesivo. Mi padre ahora se estaba preparando para atender heridos en la contienda. La guerra, tan cerca. Recuerdo haber imaginado que el frente estaba a apenas dos horas de distancia, en la cima de la cordillera nevada que compartíamos con Argentina. No sé por qué creí durante años que en las altas cumbres ardía la posibilidad de ese litigio, no en los islotes del sur. Quizás en el mapa mental de mis siete u ocho años cimas e islas eran una misma cosa llamada guerra, llamada muerte. Sé que mi padre volvió a vestirse de verde a lo largo de los meses y que yo no volví a preguntar por ese enfrentamiento de dictadores que no llegó a estallar pero quedó para siempre incrustado en mi cabeza.

SHEILA KOHLER

Nació en Johannesburgo en 1941.

Escribe novelas y cuentos. A los 17 años viajó a Europa donde se graduó en Literatura por la Universidad de París–Sorbona. En 1981 obtuvo un Máster en Escritura por la Universidad de Columbia. Entre otros libros, publicó las novelas *Crossways*, *The Perfect Place* y *Dreaming for Freud*, y los libros de cuentos *Miracles in America*, *One Girl* y *Stories from Another World*.
Vive en Nueva York.

CRUCE DE CAMINOS

Faltan 15 años para que Mandela sea nombrado presidente y Sudáfrica aún se encuentra inmersa en el apartheid. Tengo 37 años. Transcurre el mes de octubre, conocido por los afrikáners como *die mooiste maand*, el mes más bonito, nuestra primavera.

Mi madre llama para darnos la noticia. Mi cuñado, exitoso cardiocirujano y protegido del doctor Christian Barnard, se salió de la ruta en un camino solitario y seco y chocó contra un poste de luz. Él sobrevivió porque tenía puesto el cinturón de seguridad. Mi hermana, que no tenía puesto el suyo, no tuvo tanta suerte. Impactó contra el tablero y se fracturó las muñecas y los tobillos. Falleció instantáneamente, me asegura mi madre. Me pregunto cómo se sabe si fue así y pienso en ese momento de terror en la oscuridad.

Tomo un avión a Johannesburgo y voy directo a la morgue. No estoy segura de por qué siento la necesidad de hacerlo. Quizás no pueda creer que esta mujer de 39 años, madre de seis criaturas, esté muerta. Quizás crea que al ver su cuerpo todo se aclarará. O quizás sólo quiero estar a su lado, abrazarla por última vez.

Me quedo esperando con mis manos sobre el vidrio, observando una habitación iluminada, desnuda y vacía con un piso inclinado de piedra rojiza, levemente hundido en el centro para drenar lo que cae de la mesa de disección. Entran su cuer-

po sobre la camilla. No puedo tocarla, sostenerla ni consolarla. No podré sanarla. Todo su cuerpo está envuelto en una sábana blanca, sólo se vislumbra su rostro como una flor: la frente ancha, el mentón pequeño, los ojos rasgados, la piel de cera. Es mi cara, nuestra cara, la de nuestros ancestros comunes. Es la misma cara en forma de corazón que me miraba obedientemente cuando de pequeñas jugábamos a las muñecas.

Este es el comienzo de años interminables de anhelos y lamentos. También es el comienzo de mi vida como escritora. Una y otra vez regresaré a la hoja para recapturar este momento, la vida de mi hermana, y su espíritu.

Con su muerte también me inundan las preguntas. ¿Cómo pudimos haber fallado en protegerla contra él? ¿Qué le sucedió a mi familia? No era como si no lo viéramos venir. ¿Qué fue lo que nos impidió tomar alguna acción, contratar un guardaespaldas para ella? ¿Acaso fue la misoginia inherente en la sociedad colonial y racista de Sudáfrica en ese momento? ¿Fue el colegio patriarcal anglicano donde ella y yo rezábamos diariamente para que perdonáramos hasta el pecado más atroz? ¿Fue la manera como se consideraba a las mujeres en ese lugar y en todos lados?

Aún sigo buscando las respuestas.

CROSSROADS

It is 15 years before Mandela becomes President, and South Africa is still in the grip of apartheid. It is my 37th year. It is October, which the Afrikaners call *die mooiste maand*, the prettiest month, our spring.

My mother calls with the news. My brother-in-law, a successful heart surgeon and protégé of Christian Barnard, has managed to drive his car off a deserted, dry road and into a lamppost. He has survived, because he was wearing his seatbelt. My sister, not wearing hers, was not so lucky. Her ankles and wrists, braced against the dashboard, were broken on impact. “She died instantly,” my mother assures me. I wonder how one knows such a thing and think of that moment of terror in the dark.

I take a plane out to Johannesburg and go straight to the morgue. I am not sure why I feel I must do this. Perhaps I cannot believe this young woman, thirty nine years old, the mother of six children, is dead. Perhaps I believe the sight of her body will make it clear. Or perhaps I just want to be beside her, to hold her one last time in my arms.

I stand waiting with my hands on the glass, looking into the bright, bare, empty room with the sloping floor made of reddish stone, which dips slightly in the center to provide drainage from the dissection table. Then they wheel her body in.

I cannot touch her, hold her, comfort her. I cannot ever heal her. Her whole body is wrapped in a white sheet, only her flower-face tilted up toward me: the broad forehead, the small, dimpled chin, the slanting eyes, the waxy skin. It is my face, our face, the face of our common ancestors. It is the heart-shaped face she would turn up to me obediently when, as children, we played the game of Doll.

This moment is the beginning of endless years of yearning and regret. It is also the beginning of my writing life. Again and again, I will turn to the page to recapture this moment, my sister's life, and her spirit.

With her death, too, comes a flood of questions. How could we have failed to protect her from him? What was wrong with our family? It was not as if we did not see this coming. What held us back from taking action, from hiring a bodyguard for her? Was it the misogyny inherent in the colonial and racist society in the South Africa of the time? Was it the patriarchal Anglican school where she and I prayed daily that we might forgive even the most egregious sin? Was it the way women were considered out there, and everywhere?

I am still looking for the answers.

EDMUNDO PAZ SOLDÁN

Nació en Cochabamba en 1967.

Escribió ensayos, novelas y cuentos. En 1997 se doctoró en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de California, y desde ese año es profesor de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Cornell.

Publicó, entre otras, las novelas *Río fugitivo*, *La materia del deseo*, *Sueños digitales* y *Norte*; y los libros de cuentos *Las máscaras de la nada* y *Amores imperfectos*.

Recibió los premios Juan Rulfo, el Nacional de Novela en Bolivia, y la beca de la Fundación Guggenheim en 2006.

TOQUE DE QUEDA

Me acuerdo que tenía once años y jugaba al fútbol en el patio de mi casa en Cochabamba. Me acuerdo que a veces jugaba solo y que a veces venían compañeros de curso. Me acuerdo que una vez rompí el vidrio de una ventana y mi mamá se enojó.

Me acuerdo que quería ser futbolista profesional. Me acuerdo que con mis compañeros jugábamos con la radio encendida, escuchando música, y una vez interrumpieron la programación y pasamos a escuchar el himno de Bolivia. Me acuerdo que el locutor dijo que estaban en cadena nacional y que pronto se daría a conocer el nombre de la junta militar que gobernaría el país. Me acuerdo que seguimos jugando al fútbol. Me acuerdo que esa noche mis papás estaban preocupados y yo no sabía del todo el porqué. Me acuerdo que me dijeron que se acababan los años de “orden, paz y trabajo”. Me acuerdo que el dictador Banzer era muy querido por mis papás y los papás de mis compañeros.

Me acuerdo que luego hubo muchas interrupciones en la radio. Me acuerdo que también hubo interrupciones en mis programas favoritos en la televisión. Ponían el escudo nacional en la pantalla, escuchábamos el himno y luego pasábamos a cadena nacional y al discurso de los miembros de la junta militar y más tarde al juramento de los ministros del nuevo gabinete. Me acuerdo que mis papás especulaban sobre quiénes podrían ser los nuevos ministros y que a veces conocían a algunos.

Me acuerdo que a veces las interrupciones eran para informar que regía el toque de queda o el estado de sitio. Me acuerdo que uno de esos presidentes, Luis García Meza, se haría infame por ser jefe de una narcodictadura, pero caía bien al principio porque con él comenzó la televisión a colores en el país. Me acuerdo que yo seguí jugando al fútbol pero las cosas se fueron poniendo graves, y un tío militar se levantó contra García Meza, en compañía de otros militares, y todos terminaron en la cárcel y luego en el exilio. Me acuerdo que mi tío regresó a Bolivia de manera clandestina. Me acuerdo que otros militares decidieron seguir la senda de quienes se levantaron primero contra García Meza, y al poco tiempo el dictador cayó. Me acuerdo que tres o cuatro años después, mientras se le seguía un juicio de responsabilidades, él estaba todavía libre y lo vi en un asado y mi gesto patriótico fue no darle la mano cuando me la tendió. Me acuerdo que luego fue condenado a treinta años de cárcel.

GONÇALO M. TAVARES

Nació en Luanda en 1970.

Es narrador, poeta y ensayista. Publicó su primera obra en 2001, *Livro da dança*, un volumen de poesía.

Le siguieron ficciones como *Historias Falsas*; *Agua, perro, caballo, cabeza*; *Biblioteca*; *Jerusalén*; y *Un viaje a la India*. Entre otros, recibió los premios José Saramago y el Premio Mejor Libro Extranjero publicado en Francia por su novela *Aprender a rezar en la era de la técnica*.

TIEMPO

El tiempo está grabado en la mano. Y también en las cosas.

Esta no es mi mano, pero tiene en la piel el tiempo escrito.

Un día, con doce años tal vez, cuando regresaba de un partido de fútbol me detuve con mis amigos alrededor de un enorme portón de un colegio secundario. Jugamos unos segundos a cualquier tontería y, de pronto, un movimiento torpe de alguien –o de mí mismo, ya no lo recuerdo– hizo que el portón se cerrara rápidamente con mi pulgar derecho aún adentro. Me acuerdo de que corrí a casa, que era muy cerca de allí, gritando: ¡me duele, me duele!

Pasaron muchos años y el dedo está bien, exactamente tan funcional o torpe como todos los demás –un poquito más feo, quizás, pero nada especial; sólo se ve la diferencia entre los dos pulgares poniéndolos muy muy cerca.

Pero, sí, son diferentes los dos pulgares, y aunque me olvide del episodio del portón, mi cuerpo llevará siempre con él este recuerdo –una memoria-pulgar.

TEMPO

O tempo está inscrito na mão. E também nas coisas.

Esta não é a minha mão, mas tem na pele o tempo escrito.

Um dia, com doze anos talvez, quando regressava de um jogo de futebol parei com os meus amigos em redor de um enorme portão de uma escola secundária. Brincámos uns segundos a uma parvoíce qualquer e, de repente, um movimento de alguém desajeitado -ou de mim próprio, já não me recordo- fez com que o portão se fechasse rapidamente com o meu polegar da mão direita ainda lá dentro. Lembro-me de que corri para casa, que era bem perto dali, a gritar: está a doer, está a doer!

Passaram muitos anos e o dedo está bom, exactamente tão funcional ou desajeitado como todos os outros - um bocadinho mais feio, talvez, mas nada de especial; só se vê a diferença entre os dois polegares estando muito muito perto.

Mas, sim, são diferentes os dois polegares, e mesmo que eu me esqueça do episódio do portão, o meu corpo levará sempre com ele esta recordação -uma memória-polegar.

DANIELA TARAZONA

Nació en Ciudad de México en 1975.

Es narradora y ensayista. Publicó el libro de ensayos *Clarice Lispector*, y las novelas *El animal sobre la piedra* y *El beso de la liebre*, que fue finalista del premio Las Américas, Puerto Rico, en 2013. En 2011 fue reconocida como uno de los 25 secretos literarios de América Latina por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte-FONCA.

LOS DIOSES DEBEN ESTAR LOCOS

Yo me acuerdo que íbamos por una carretera de California y vi miniaturas de botellas de Coca-Cola vacías, tiradas al margen. Eran del tamaño del pulgar de un adulto. Tenía ocho años y estaba sumamente asombrada. Mi padre me dijo que las botellas eran comunes y se veían así por un efecto del parabrisas curvado hacia los extremos —contrario al producido por una lupa. Creo que condujo un tramo en reversa y entonces nos detuvimos a verlas. Bajé de la camioneta para darme cuenta de que era cierto lo dicho por él.

La existencia de botellas diminutas permitía un mundo de pequeños habitantes. Que se desvaneciera esa posibilidad me entristeció, pero, sobre todo, fue doloroso aceptar que la realidad anulaba mi visión accidentada.

HORACIO CASTELLANOS MOYA

Nació en Tegucigalpa en 1957.

Luego vivió en El Salvador, Canadá, Costa Rica y México.

Es autor de las novelas *El arma en el hombre*,
Donde no estén ustedes, *Insensatez*, *Desmoronamiento*,
El asco, *Tirana memoria*, *La sirvienta y el luchador* y
Baile con serpientes. Entre otras distinciones, recibió el Premio
Nacional de Novela Universidad Centroamericana
José Simeón Cañas, y el Premio Iberoamericano
de Narrativa Manuel Rojas.

LA CEREMONIA DEL ATÚN

Es la ceremonia del atún. Sucede cada domingo, al mediodía, en la zona comercial de Sangenjaya, frente a la principal pescadería del barrio, a media calle, a esa hora cerrada al tráfico y abarrotada de compradores. Sobre una mesa de madera yace un atún de un metro y medio de largo. Docenas de vecinos nos aglutinamos alrededor. El pescadero, o como se le llame, empuña una larga sierra mecánica y comienza a cortarle la cabeza al pescado. Una ringlera de chiquillos de cinco, seis, siete años de edad, se turnan ordenadamente para coger el otro extremo de la sierra y participar en la faena. Los curiosos observamos en silencio. Cuando finalmente la cabeza del atún se desprende, los chiquillos lanzan vítores y sus padres y los vecinos aplaudimos. Enseguida, el pescadero raja a lo largo el pescado en cuatro grandes lonjas, cada una de las cuales entrega ceremoniosamente a una pescadera que lo asiste. Una vez terminado el corte, los chiquillos se vuelven a formar en fila y la pescadera les entrega un puchito de carne cruda que ellos mojan en un recipiente con salsa de soya y se llevan a la boca con la reverencia de quien comulga.

ALEXANDER KLUGE

Nació en Halberstadt en 1932.

Se doctoró en Derecho por la Universidad de Fráncfort en 1956.

Tras escribir sus primeros relatos, se interesó por el cine y en 1958 el filósofo Theodor Adorno le presentó a Fritz Lang, de quien fue asistente en sus últimas películas alemanas. Desde entonces ha producido, escrito y dirigido una veintena de films y programas para la televisión alemana. Entre sus películas se cuentan *La patriota* y *El ataque del presente al resto del tiempo*.

De su obra traducida al español se destacan *120 historias de cine* y *El contexto de un jardín*.

EL MOMENTO MÁS PELIGROSO DE LA GUERRA FRÍA

Hacia el atardecer, unas nubes de base amarillenta avanzaban desde el Adriático sobre el Lido. Se las podría haber tomado por tóxicas, pero la verdad es que no constituían peligro alguno. La coloración se debía a que la luz se reflejaba en el agua de manera sorprendente. Me quedé pensando en lo afortunado que yo era ese verano.

Nuestra hija tenía apenas cinco meses y era quizás demasiado pequeña todavía para viajar a Venecia. Temíamos que pudiera resfriarse por alguna corriente de aire. Pero mi equipo me esperaba para un rodaje y mi película *El poder de los sentimientos* se exhibía en el festival de esa ciudad. En cinco secuencias, la película trata de la guerra y también de la antesala de la guerra, es decir, la capacidad de intuir la inminencia de un conflicto bélico. Tiempo más tarde, en la Conferencia Internacional de Seguridad de Múnich, tuve la oportunidad de preguntarle a un estratega militar cómo hubiera impactado sobre mí y sobre mi familia la alarma de una guerra nuclear en septiembre de 1983. Sobre nosotros, que pasábamos el día en una cabaña en la playa, por la tarde (sin la beba, que tenía quien la cuidara) nos demorábamos en el cine con más de mil personas y sin salidas de emergencia (ni sótanos), y dormíamos en el sólido edificio del Hotel Excelsior. En caso de recibir la noticia de que la guerra había estallado, ¿debiéramos intentar un veloz cruce de los Alpes en auto para llegar a casa?

A qué me refería yo con “casa”, quiso saber el oficial de alto rango como respuesta a mis preguntas. En Múnich usted no hubiera podido quedarse. ¿Y en los valles (o acaso las cuevas) de los Alpes? Dificilmente hubiera logrado alcanzarlos y, ¿cómo saber dónde había una cueva? Lo mejor que nos hubieran podido aconsejar, sostuvo, era permanecer en el Grand Hotel, ese buque con buen acopio de provisiones y a salvo de las masas en pánico, por no estar habitado por las masas. El hotel, además, tiene sótanos de calefacción, agregué. Pero el experto puso en duda que eso fuese una verdadera alternativa. Una mínima chance para ustedes y la niña, dijo, podría haber estado en la dirección del viento, suponiendo que la primera lluvia radioactiva se concentrara sobre Alemania en lugar de cruzar enseguida la cumbre de los Alpes. ¿Y por agua hacia África, en una lancha de motor desde el Lido? Eso habría dependido del desarrollo de los acontecimientos bélicos, respondió el oficial, que además era técnico y buscaba confortarme. En esos casos el problema era que en pocas horas ya no quedaba nadie que pudiera ponerle fin a semejante conflicto. El peligro no proviene de las armas nucleares, sino del caos humano.

DER GEFÄHRLICHSTE MOMENT IM KALTEN KRIEG

Von der Adria drängten gegen Abend Wolken mit einem gelben Unterrand zum Lido hin. Man hätte sie für giftig halten können. Tatsächlich ging von ihnen keine Gefahr aus. Die Färbung war verursacht durch das Licht, das sich vom Wasser her in überraschender Weise in ihnen spiegelte. Dieser Sommer, nahm ich an, gehörte zu meinen Glückszeiten.

Unsere erst vor 21 Wochen geborene Tochter war für eine Reise nach Venedig vielleicht noch recht jung. Eine Gefahr sahen wir darin, daß sie sich Zugluft holen und erkälten könnte. In meinem Film DIE MACHT DER GEFÜHLE ging es in fünf Sequenzen um Krieg und Vorkrieg, also um das Ahnungsvermögen, wann ein Krieg ausbricht.

Auf der Münchner Sicherheitskonferenz hatte ich die Möglichkeit, einen der militärischen Planer nachträglich zu befragen, wie ein Atomkrieg im September 1983 sich auf mich und meine Familie ausgewirkt hätte, die wir tagsüber in einer Hütte am Strand saßen, abends uns (ohne das Kind, auf das aufgepaßt wurde) im Kino mit mehr als tausend Leuten und begrenzten Notausgängen (keine Keller) aufhielten und nachts im festen Bau des Excelsior schliefen. Hätten wir versuchen sollen, auf die Nachricht vom Kriegsausbruch hin in rascher Fahrt noch die Alpen zu überqueren, um nach Hause zu gelangen?

Was hätten sie als „zu Hause“ bezeichnet, antwortete der hochrangige Offizier auf meine Fragen. In München hätten Sie sich nicht aufhalten können. Und in den Tälern (vielleicht Höhlen) der Alpen? Bis dahin wären Sie kaum gelangt. Und wie hätten Sie gewußt, wo Sie eine Höhle finden? Wir seien, meinte er, noch am besten beraten gewesen, wenn wir im Grandhotel geblieben wären, einem Dampfer, mit Vorräten wohlversorgt, vor einer Massenpanik sicher, weil nicht von Massen bewohnt. Das Hotel hat Heizungskeller, ergänzte ich. Der Experte aber bezweifelte, daß das eine Chance gewesen wäre. Eine geringe Möglichkeit für Sie und das Kind, meinte er, hätte in der Windrichtung gelegen, falls sich der primäre *fallout* zunächst auf die Bundesrepublik konzentriert hätte und nicht sogleich über den Alpenkamm herübergekommen wäre. Und zu Schiff nach Afrika, in einer Motorbarkasse vom Lido? Das wäre vom Fortgang der Kriegshandlungen abhängig gewesen, antwortete der Offizier, der auch Techniker war und mich zu trösten suchte. Das Problem sei aber in solchen Fällen, daß in wenigen Stunden niemand mehr dagewesen wäre, der einen solchen Konflikt hätte beenden können. Die Gefahr geht nicht von den Atomwaffen, sondern vom Chaos aus.

NICOLÁS BUENAVENTURA

Nació en Cali en 1962.

Vive entre París y Bogotá. Es narrador oral,
escritor y guionista de cine. Entre sus libros se encuentran

Cuando el Hombre es su Palabra,
Amaranta Porqué, A Contracuento, Palabra de cuentero
y Mitos del Nuevo Mundo.

IMPUNIDAD

Hay recuerdos que acompañan a lo largo de la vida y uno no consigue darles, por muchas palabras que les ponga, levedad ni olvido. Los años 1986 y 1987, en particular, todavía tienen color de pesadilla. Allí empezó una ola de crímenes que se prolongó hasta principios de este nuevo siglo. Asesinaron a un abogado, líder sindical y representante a la cámara en Barrancabermeja, Leonardo Posada; en Medellín, a un profesor en la Universidad de Antioquia, Luis Felipe Vélez; luego al médico Héctor Abad; después al también médico Pedro Luis Valencia; al juez Jaime Pardo Leal... Fueron muchas las víctimas a lo largo y ancho del país. La lista se fue haciendo más pesada en los años que siguieron: recuerdo a un abogado y candidato a la presidencia de la República, Bernardo Jaramillo Ossa; a un periodista miembro del Partido Comunista, Manuel Cepeda; a dos investigadores y defensores de los derechos humanos: Mario Calderón y Elsa Alvarado; a un abogado, alcalde menor, periodista y humorista, Jaime Garzón, acaecido este último en 1999. No pertenecían a un mismo grupo político. La memoria los junta porque eran gente que defendía los derechos humanos, la paz, la justicia social, la democracia y otras utopías negadas; porque sus muertes fueron alevosas, a traición; y porque la mayoría de esos asesinatos todavía permanece en la impunidad.

A muchos los conocía, de lejos o de cerca; todos aún duelen. Fueron varios los que en la época hablaron de genocidio, de complot.

Lo que se dijo, a través de los medios de comunicación y de aquello tan chaplinesco que es la “opinión pública”, fue que estaban equivocados, que se trataba de crímenes aislados. Hoy en día se han denunciado, entre otros planes, dos macabras operaciones de exterminio llevadas a cabo por el ejército, grupos paramilitares y carteles del narcotráfico llamadas “Plan baile rojo” y “Golpe de gracia”, en las que perdieron la vida más de tres mil quinientos militantes y simpatizantes de la Unión Patriótica. Gente que en este país soñó y se organizó cívicamente con la ilusión de cambiar el mundo. Lo que recuerdo es que nunca leí la prensa con tanta asiduidad, y lo que más recuerdo, lo que no puedo borrar, lo que en cierta medida me acosa, es que me asomaba todos los días a los periódicos, con terror, es cierto, pero me asomaba para enterarme de quién había muerto.

GRASSA TORO

Nació en la Zaragoza europea en 1963.

Escribe teatro, ensayo, cuento, crónica,
historieta, canciones y poemas. Los niños y los adultos
leen libros suyos. Vive en Chodes, España.

EL RUIDO DEL SILENCIO

Lo recuerdo viernes, el 11 de diciembre de 1987, viernes, fue una decisión de mi memoria, no fue la única, dormía en casa de mis padres, me cuesta distinguir si el ruido, el ya para siempre ruido, precedió a la consciencia de mis órganos, la onda me recorrió hacia fuera, del hígado hacia las uñas, la tierra se había movido, ya estaba en otro sitio, yo también, desperté con la piel cubierta por algunas hojas manchadas de versos y polvo y cientos de minúsculos cristales que se desprendieron de mi cuerpo en el salto mortal, perdí la consciencia durante siglos, esa forma de sobrevivir, me la devolvió mi madre, la encontré medio desnuda en la puerta de su dormitorio, quería gritar y no podía, ella, mamá cumplía un año de su nueva vida al otro lado del espejo, tenía que sacarla de allí a como fuera, en el pasillo del apartamento apareció Carlos, un tipo que se llama igual que yo, que nació el mismo día que yo, que fue a la escuela conmigo, vivía a tres cuadras, qué hacía en nuestra casa, de madrugada, me pidió que me cubriera con algo de ropa, que le acompañara ¿y mi madre? se queda con tu padre, volvemos ahora, en las escaleras del edificio los vecinos se asomaban mudos a las puertas, sobre algunos peldaños corrían gotitas de sangre, Carlos era fotógrafo, cruzamos la avenida vacía, la niebla del amanecer negaba cualquier realidad, tuvimos que pisar el hueco, el definitivo hueco donde minutos antes ¿por qué semejante silen-

cio? es un atentado, dijo Carlos, o no dijo nada y lloró, éramos los primeros en llegar, pero no sabíamos a dónde, regresamos, mamá estaba vestida, hacía mucho frío, llamé a Pilar y Carmen, atravesaron la ciudad con la complicidad de un coche patrulla, la ciudad muerta de miedo, y ya estaban ahí, en el pasillo, como Carlos, y mamá, y papá, y yo, todos fuera del tiempo, besé a mis padres, me quedé solo, llegaron los primeros policías, me preguntaron si quería abandonar el edificio, pedí quedarme, por las ventanas rotas entraba un dolor desconocido, ETA había volado la casa cuartel de la Guardia Civil en Zaragoza, la radio añadía muertos a la lista, el agente me anunció por el citófono la visita de Julia, fue la única que autoricé, todo era hueco, mis vecinos me preguntaron si quería firmar una petición para restituir la pena de muerte, ¿ya había anochecido? les dije que no, Julia marchó, para siempre, llamaron mis hermanos, mamá había cenado, mi padre callaba, desde la sexta planta, asomado a mi infancia, empecé a no entender nada.

CARLOS GAMERRO

Nació en Buenos Aires en 1962.

Es Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires.

Publicó las novelas *Las Islas*, *El sueño del señor juez*,
El secreto y las voces, *Un yuppie en la columna del Che Guevara*
y el volumen de cuentos *El libro de los afectos raros*.

También publicó los libros de ensayo *Harold Bloom*
y el canon literario, *El nacimiento de la literatura argentina*
y otros ensayos y *Ficciones barrocas*, entre otros.

ESPERO NO LLEVÁRMELO A LA TUMBA

El 19 de abril de 1987 llevábamos cuatro días concurrendo a la Plaza de Mayo (y otras tantas plazas del país) manifestando contra el primer alzamiento militar contra la recuperada democracia, el así llamado levantamiento carapintada de Semana Santa. Los programas televisivos nos instaban a apagar el aparato y concurrir a la plaza (la primera y última vez en mi vida que he visto un programa de televisión intentando suicidarse), el propio presidente nos rogó, ese domingo en que tantas cosas terminaron y otras tantas empezaron, que lo esperáramos mientras él iba y volvía a Campo de Mayo “a intimar la rendición de los sediciosos”. Le hicimos caso, claro. Parecía un león capaz de tragarse la Plaza llena de un bocado, cómo no a un grupete de milicos alzados.

El hombre que volvió dos horas después hablaba en tonos bajos y como esquivándonos la mirada; su “Felices pascuas” sonó más hueco que los huevos homónimos y desde entonces no soy capaz de decir la frasecita de marras sin que se me tuerza la boca en una mueca involuntaria; aun así, los silbidos recién empezaron cuando elevó a los sublevados a la dignidad de “héroes de Malvinas”. Recupero todos estos detalles gracias a esa servicial memoria externa llamada Youtube, pero lo que recuerdo es otra cosa: fue como si la Plaza, de golpe, se hubiera empedregado, y un hombrecito casi inconce-

bible nos dijera cosas incomprensibles en una casi inaudible vocecita de lata. Nos mirábamos perplejos: escuchábamos las palabras, pero era como si nos hablara en otro idioma. Alcanzamos a entender que nos pedía que nos fuéramos a casa; la gran mayoría le hizo caso, confiada o meramente cansada; algunos nos quedamos un poco más, incrédulos, esperando que nos explicara algo, o que algún detalle o circunstancia mal planeados nos permitiera descubrir que los militares habían secuestrado (y por qué no, desaparecido) al presidente de dos horas antes y nos hubieran mandado un doble, como en las películas clase B de la Guerra Fría.

NICHOLAS JOSE

Nació en Londres en 1952 y se crió en Adelaida, al sur de Australia. Es novelista, ensayista y dramaturgo.

Publicó las novelas *Avenue of Eternal Peace*, *The Custodians* y *Rostro original*, publicada en Buenos Aires en 2014. Es docente de las universidades de Western Sydney, Bath Spa y Adelaida.

PERSPECTIVA

Nunca olvidaré Pekín en junio de 1989. Había estado en la Plaza de Tiananmen durante las semanas y los meses previos, mientras las protestas crecieron y la atmósfera cambió de incierta a festiva y desafiante. Para ese momento, un millón de ciudadanos se reunían allí diariamente. Cuando eventualmente se declaró la Ley Marcial y la posibilidad del uso de la violencia contra los manifestantes se hizo real, el humor viró del orgullo a la desesperación. Bajando por la antigua calle de los muros de la Ciudad Prohibida, donde residieron siempre todos los gobernantes chinos, escuché a un grupo de muchachas gritar: “¡Nuestro movimiento fue derrotado! ¡Nuestro movimiento fue derrotado!”. Y luego una mujer de 95 años de edad, que había vivido los cambios de régimen en China, desde la viuda del Emperador en adelante, comentó con agudeza que en momentos de crisis el gobierno siempre ha tomado la decisión equivocada.

Algunos días después, luego de que el ejército había regado la plaza de sangre inocente, conducía a un amigo por la ciudad de noche. Se trataba de un pensador que había articulado e inspirado los ideales de este movimiento democrático y ahora, a causa de haber intentado evitar que los tanques atropellaran a los manifestantes, estaba en una lista negra. Nos dirigíamos a la Embajada de Australia adonde él podría solicitar asilo. Pero al llegar a la puerta me dio la mano y me dijo que su decisión era

permanecer en China. Cruzó la calle corriendo en la oscuridad para reunirse con algunos amigos chinos. Poco tiempo después recibí un llamado de su novia aterrorizada para contarme que había sido capturado. Él sería encarcelado y golpeado y mantenido bajo arresto por muchos meses. Pero continuó actuando con mucha valentía. Está preso de nuevo, todavía, en China hoy, incluso después de haber ganado el Premio Nobel de la Paz en 2010. Nunca voy a olvidar el momento de su elección y decisión. Yo tenía 36 años en esa época y al poco tiempo descubrí mi primera cana.

THE LONG VIEW

I will never forget Beijing in June 1989. I had visited Tiananmen Square most days over the previous weeks and months, as the protests grew and the atmosphere changed from uncertain to festive and defiant. At its height, a million citizens gathered there. When martial law was eventually declared and the prospect of violent force became real, to be used against the people, the mood changed from pride to despair. Walking away down the old street by the walls of the Forbidden City, where China's rulers have always lived, I heard a group of girls cry out, 'Our movement is defeated! Our movement is defeated!' Then a ninety-five year old woman, who had lived through China's regime changes, from the Empress Dowager on, commented sharply that in a crisis the government always made the wrong decision.

A few days later, after the army had stained the Square with innocent blood, I was driving a friend of mine through the city at night. He was a thinker who had articulated and inspired the ideals of this democracy movement and now, for his role in trying to stop the tanks from crushing the demonstrators, he was on a black list. We drove to the Australian embassy where he could seek refuge. But at the gate he shook my hand and said his choice was to stay in China. He ran across the road in the darkness to join some Chinese friends. Not long after, a call came from his terrified girlfriend to say that he had been caught.

He would be imprisoned and beaten up, and not released for many months. He has continued to act with courage. He is in jail again, still, in China today, even after winning the Nobel Peace Prize for 2010. I will never forget that moment of his choice and decision. I was thirty-six then and not long after noticed my first grey hair.

LEANDRO ÁVALOS BLACHA

Nació en Quilmes en 1980.

En el año 2007 ganó el certamen literario Indio Rico con su novela *Berazachussetts*. También publicó *Serialismo* y *Medianera*.

MIL AUSTRALES

Me acuerdo del aula. Escuchamos ruidos afuera y nos acercamos a las ventanas. Alguien le advirtió a la maestra. Bajaron las persianas. Nos dijeron que no era para asustarse, aunque nos hacían sentir lo contrario. Llegamos a ver la gente caminando por Dardo Rocha. Parecía una multitud. También el aula, el patio, la maestra se veían gigantes. La gente volvió hacia el supermercado otros días. Pero para entonces ya sabíamos de los saqueos y repetíamos las palabras en el aire: austral, precios, hiperinflación.

LAURA ALCOBA

Nació en La Plata en 1968.

Tenía 10 años cuando se mudó con su familia a París.

Se licenció en Letras en l'Ecole Normale Supérieure

y actualmente es editora y traductora en Francia.

Publicó las novelas *La casa de los conejos*, *Jardín blanco*,

Los pasajeros del Anna C y *El azul de las abejas*.

EL VIEJO SILLÓN

Estaba en mi casa, en París, en compañía de un viejo profesor de literatura. Hablábamos de *La Dorotea* de Lope de Vega –del lugar que ocupa la música en la novela, del lenguaje amoroso del cuerpo. De la mirada y de todo lo que se dice a menudo entre líneas, en las burbujas de silencio, cuando los objetos y los gestos toman el relevo de las palabras. En realidad, era él el que hablaba –yo tomaba notas, minuciosamente, volvía a ser estudiante frente a él, impresionada por la erudición del hombre que tenía delante de mí.

De repente, se soltó un resorte en la parte inferior del sillón en el que estaba sentado. Luego otro, produciendo un ruido metálico y sordo a la vez, como la cuerda de un contrabajo que se hubiera roto de golpe. No me atreví a interrumpirlo –pero mientras él seguía hablando, yo veía resortes e hilos de crin vegetal caer en masa al suelo. Un trozo de tela sucia y gastada se despegó entonces, llevándose consigo algunos clavos oxidados, y el viejo sillón terminó vomitando todo su relleno. Recuerdo haber visto al célebre profesor hundirse, como si todo se desinflara debajo de él. Esta vez, estuve a punto de decirle algo –pero permanecí muda, con la mirada fija en el sillón que se iba vaciando. Una vez terminada nuestra entrevista, se levantó y lo acompañé hasta la entrada. No se dio cuenta de que tras su paso el asiento había quedado destripado. Mientras cerraba la puerta

detrás del profesor, recuerdo haber pensado en un viejo dibujo animado, *Mister Magoo*.

Cuando se fue, encendí la radio en la cocina –puse France Inter. Me costaba mucho entender de qué hablaban. Por un momento creí que era una ficción radiofónica. Pero terminé percatándome de que no, las palabras de la radio no eran las de una ficción –entonces encendí la tele y me quedé inmóvil, largos minutos, frente a la pantalla, cerca del sillón destripado. Era el 11 septiembre de 2001.

LE VIEUX FAUTEUIL

J'étais chez moi, à Paris, en compagnie d'un vieux professeur de littérature. Nous parlions de *La Dorotea* de Lope de Vega – de la place que tient la musique dans le roman, du langage amoureux du corps. Du regard et de tout ce qui se dit souvent entre les lignes, dans les bulles de silence, quand les objets et les gestes prennent le relais des mots. En fait, c'était surtout lui qui parlait – moi, je prenais des notes, consciencieusement, redevenue étudiante face à lui, impressionnée par l'érudition de l'homme qui était devant moi.

Soudain, un ressort a lâché sous le fauteuil où il était assis. Puis un autre, produisant un bruit métallique et sourd à la fois, comme la corde d'une contrebasse qui se serait brisée d'un coup. Je n'ai pas osé l'interrompre – mais tandis qu'il continuait à parler, je voyais des ressorts et des fils de crin végétal tomber en masse sur le sol. Un bout de toile sale et usé s'est alors détaché, emportant avec lui quelques clous rouillés, et le vieux fauteuil a fini par vomir tout son rembourrage. Je me souviens d'avoir vu le célèbre professeur s'enfoncer, comme si sous lui tout se dégonflait. Cette fois, j'ai vraiment failli lui dire quelque chose – mais je suis restée muette, le regard rivé sur le fauteuil qui se vidait. Une fois notre entretien terminé, il s'est levé et je l'ai reconduit jusqu'à l'entrée. Il ne s'est pas rendu compte qu'après son passage le siège était totalement éventré. Je me souviens d'avoir

pensé à un vieux dessin animé, *Mister Magoo*, tandis que je refermais la porte derrière le professeur.

Lorsqu'il est parti, j'ai allumé la radio dans la cuisine - j'ai mis France Inter. J'avais beaucoup de mal à comprendre de quoi on parlait. J'ai cru à un moment à une fiction radiophonique. Mais j'ai fini par réaliser que non, que les mots de la radio n'étaient pas ceux d'une fiction - alors j'ai allumé la télé et suis restée immobile, de longues minutes, devant l'écran, près du fauteuil éventré. C'était le 11 septembre 2001.

SERGIO CHEJFEC

Nació en Buenos Aires en 1956.

Desde 1990 hasta 2005 vivió en Venezuela, donde editó el periódico *Nueva Sociedad*. Publicó las novelas *Lenta biografía*, *Los planetas*, *El aire*, *Boca de lobo*, *Los incompletos*, *Baroni: un viaje*, *Mis dos mundos* y *La experiencia dramática*; el volumen de relatos *Modo linterna* y recientemente *Últimas noticias de la escritura*. Publicó además libros de poemas y ensayos. Vive en Nueva York, donde da clases de Escritura Creativa.

LA HISTORIA VISTA DE FRENTE

Varios años atrás estuvo en la ciudad de Lima. Le parece extraño tener recuerdos de sitios lejanos cuando podría evocar varias cosas más a la mano. Después de andar por los barrios céntricos, en una vieja casa frente al mar encontró una exhibición sobre el período de violencia política. La brisa que se colaba por las paredes batía las fotos expuestas como si estuvieran a merced de un fantasma. Dos de ellas pertenecían a cadáveres colocados de cualquier modo sobre un carromato. Esos cuerpos no parecían de verdad: los tomó como formas extravagantes o insólitas que regulaban en silencio su temperatura y, cada vez más duras, se dedicaban a alcanzar una tiesura similar a algo ex humano. Mientras tanto se escuchaban voces grabadas provenientes del tiempo que se representaba, pero que parecían llegar con la mencionada brisa.

Durante toda la recorrida tuvo la sensación de visitar la desgracia. Se mostraba algo que él conocía y que a la vez no sabía; ambas cosas, lo sabido y lo ignorado, lo apabullaban. Tenía una información general, por ende no del todo inútil, que sin embargo no le alcanzaba para completar las imágenes. El resultado era de confusión e interés distante, y también ese sentimiento de traicionar las intenciones y en alguna medida la memoria o la enseñanza que se querían representar.

Algunas imágenes mostraban con crudeza la violencia, pero consideró que eso las pacificaba. Sobre las paredes de un gran sa-

lón había dos grandes fotos. La de la izquierda mostraba la calle principal de un pueblo de provincia, corta y angosta, que no alcanzaba a albergar el número de personas reunidas en ese momento. Dentro de ese mundo en apariencia construido con otro objeto y destinado a otra cosa, debía manifestarse el enfrentamiento político. Esta escena parecía doméstica, a su modo inocente, pero creyó ver unos hilos que subían de cada individuo y que acaso indicaban a cada quien la acción a emprender y el punto hacia donde mirar.

Los hilos dejaban la foto y seguían por las paredes, se confundían con las grietas y las resquebrajaduras en general, o acaso las dibujaban formando finos y disimulados regueros de sombra en dirección al techo, como si la gente del poblado se hubiera puesto de acuerdo en brindar una versión alternativa de sí mismos, menos voluntariosa y acaso más fatalista. Esto no tenía que ver con la ideología o el conflicto político, sino con la necesidad de las personas de asegurarse una sobrevivida, aunque no todos en ese momento fueran conscientes de lo que ocurriría consigo mismos.

La historia rodea, incluso persigue, pero se torna evasiva cuando uno gira y quiere verla de frente.

GIOVANNA RIVERO

Nació en Santa Cruz de la Sierra en 1972.

Es escritora y actualmente concluye un doctorado en literatura hispanoamericana en la Universidad de Florida.

Escribe una columna quincenal en el diario boliviano *El Deber*.

Ha publicado los libros de cuentos *Contraluna*, *Sangre Dulce*, y las novelas *Las camaleonas*; *Tukzon, historias colaterales* y *Helena 2022: la vera crónica de un naufragio en el tiempo*.

2005. PRIMER ACONTECIMIENTO

Esa noche el cielo estaba limpio, tan limpio que si uno se hubiese puesto a buscar pretextos místicos habría encontrado en ese paisaje estelar infinitas señales de eso que estaba sucediendo y que se prefiguraba como un nuevo advenimiento. Era la noche del 18 de diciembre de 2005 y en la casa de mis padres todavía nos recuperábamos de la derrota que papá había sufrido, que todos habíamos sufrido, un año antes, durante las elecciones municipales de nuestro pueblo, en las que papá se había presentado como un candidato independiente. Estoy segura de que hubiera sido un gran alcalde. Pero la historia tiene sus propios flujos y sus propios karmas. En ese momento, el de la derrota, no supimos ver la señal mística o histórica o provinciana: las formas de la esperanza política habían mutado, emergían desde profundidades ancestrales y exigían una materialización distinta, casi futurista.

Me acuerdo que no habíamos armado el arbolito navideño porque no se nos antojaba celebrar nada. Sin embargo, recuerdo que pensé que estar juntos ahí, en la intemperie del patio, bajo ese cielo tan premonitorio, esperando los resultados finales de la votación democrática que la tele iba anunciando en fragmentos cada vez más atónitos, era suficiente. La felicidad se trataba de esa vieja y sentimental fórmula: “Juntos, en las buenas y en las malas”.

Yo acababa de divorciarme y volvía a ser una hija.

Mamá trajo limonada cuando la tele anunciaba que Evo Morales había ganado la presidencia con el 54% de la votación. Recuerdo que los hielos de la jarra tintinearón contra el aluminio. No sé si papá se alegró –no habíamos votado por ese movimiento que avanzaba como una mutación incontenible–; en todo caso, dijo: “Elay, a ver si así aprenden”. Miré a mis hijos, chiquititos todavía, y supe que no eran ellos los que tenían aprender. La historia enseña al revés.

En alguna calle lejana reventaron cohetes. Y quizás fue eso, o el estar tan intensamente vivos mientras las cosas cambiaban, lo que nos puso contentos. Recuerdo que enfocaron al Evo de perfil y a mí se me ocurrió que mamá podría vender, en su boutique, camisetas negras con el rostro indígena en colores alucinantes, tipo la sábana de la Verónica. Repudié mi fantasía pop y volví a prestar atención a la charla de papá que despertaba de un largo dolor. “Qué curioso que te vayas a ir cuando esto se pone de lo más interesante”, dijo, apretándome la mano. Y yo, a pesar de esa felicidad incomprensible, me acuerdo que sentí miedo de morir, de que él muriera, aunque irónicamente también pensé que podría morirme allí mismo, y que todo estaría bien.

SANTIAGO NAZARIAN

Nació en San Pablo en 1977.

Es guionista y escritor. Estudió Literatura y se graduó en Comunicación Social en San Pablo. Recibió en 2003 el Premio Fundación Conrado Wessel de Literatura por su obra *Olívio*. Ha publicado las novelas *A morte sem nome*, *Feriado de mim mesmo*, *Mastigando humanos*, *O Prédio*, *o Tédio e o Menino Cego* y *Biofobia*.

TEMBLORES DEL OTRO LADO DEL MUNDO (2011)

*No lo entiendo, yo leo los diarios, barro la red,
pero no hay nada sobre mi desesperación...*

Mi angustia no es histórica. Mi historia es subjetiva. Siguiendo mis propios pasos en la arena, en una playa desierta, yo de cierta manera le decía adiós a mi juventud.

Fin del verano, yo avanzaba en los treinta años, despidiéndome de mi vida de muchacho en Florianópolis, en una madrugada, caminando. El mar justo al lado de casa, el fin de una oportunidad. La isla era lo máximo, pero no era suficiente, y yo sabía que debía volver a San Pablo. Luego de un año viviendo en un pueblo de pescadores, me preparaba para enfrentarme a la mediana edad.

En aquella madrugada, caminé por la playa dejando sueños y lágrimas atrás, inseguro de lo que estaría por venir. En aquel mismo momento, del otro lado del mundo, doce horas adelante, otros sueños se desmoronaban. Las olas que reculaban de mí avanzaban en tsunamis. Un terremoto de 8.9 en la escala Richter azotaba a Japón. Y yo no tenía nada que ver con eso.

TREMORES DO OUTRO LADO DO MUNDO (2011)

*Eu não entendo, eu leio os jornais, eu varro a rede,
mas não há nada sobre o meu desespero...*

Minha angústia não é histórica. Minha história é subjetiva. Seguindo meus próprios passos na areia, numa praia deserta, eu de certa forma dava adeus à minha juventude.

Fim do verão, eu avançava nos trinta anos, me despedindo de minha vida de garoto em Florianópolis, numa madrugada, caminhando. O mar logo ao lado de casa, o fim de uma oportunidade. A ilha era demais, mas não era o bastante, e eu sabia que tinha de voltar a São Paulo. Após um ano vivendo numa vila de pescadores, me preparava para encarar de frente a meia-idade.

Naquela madrugada, caminhei pela praia deixando sonhos e lágrimas para trás, incerto do que estava por vir. Naquele mesmo momento, do outro lado do mundo, doze horas à frente, outros sonhos desmoronavam. As ondas que recuavam de mim avançavam em tsunamis. O Japão era atingido por um terremoto de 8.9 na escala Richter. E eu não tinha nada com isso.

JORGE CARRIÓN

Nació en Tarragona en 1976.

Es escritor y codirector del Máster en Creación Literaria
de la Universidad Pompeu Fabra, Barcelona.

Ha publicado los libros de ensayo *Librerías* y *Teleshakespeare*,
y las novelas *Los muertos*, *Los huérfanos*
y *Los turistas*. Junto a Reinaldo Laddaga ha curado
la antología *Riplay*.

LA CRISIS ESPAÑOLA

“Desde que se le murió el marido, como que no es la misma”, me susurra Juan. Yo la recordaba muy locuaz y muy quejica: me ha sorprendido verla sentada en un rincón, calladísima. Tiene setenta años, ojeras dramáticas y a sus espaldas toda una vida en esta finca; tiene –también– un exceso de soledad, que siempre ha tratado de aliviar con el noble arte del cotilleo. “Llegaba a las reuniones de escalera”, le susurro yo a Juan, “con nuestros trapos sucios y con una batería de insinuaciones y de reclamaciones”. Me dice: “Da un poquito de pena, la verdad: quién la ha visto y quién la ve”. Más extraño todavía es el caso de la joven pareja del segundo primera. Ella se aliaba con la anciana y, como dúo, eran terribles. Capaces de las peores maldades. Capaces del grito, el aplauso irónico y el sarcasmo sin piedad. Auténticos demonios en tándem. Y ahora ahí está la joven con su marido, calladitos los dos, en otro rincón: se diría que quieren pasar desapercibidos.

Estamos en el mismísimo infierno. Las reuniones de vecinos son los gimnasios que nos preparan para una vida de tormentos en el Más Allá. Me compré este piso en Mataró, en la periferia de Barcelona, en el año 2005. A los pocos meses ya costaba mucho menos. Hoy su precio debe de andar por la mitad: no me atrevo a consultarlo. Lo primero que hizo el BBVA cuando empezó la crisis fue ofrecerme una cuota fija que ignorara las variaciones del euríbor, porque sus expertos pronostica-

ban que la tormenta no iba a durar y, sin duda, el trato me beneficiaba. Tengo una vela siempre encendida en mi escritorio para dar gracias a los dioses y todos los santos por haber sorteado aquella trampa. A los pocos meses mi hipoteca bajó muchísimo y, en estos siete años, se ha mantenido en una cifra soportable. No me ha faltado el trabajo y he podido pagarla. A otros escritores no les fue tan bien.

En las reuniones de escalera todos somos enemigos. Creamos alianzas meramente temporales que nos beneficien: la mía de hoy es con Juan y el resto de vecinos del séptimo, para que nos reparen las humedades. Llega la votación y, para mi sorpresa, la viejita y la parejita votan a nuestro favor. Es inaudito: nunca habían querido pagar nada que los afectara. Ni el nuevo ascensor, porque viven en los pisos de abajo. Permanezco boquiabierto hasta que llega el último punto del orden del día. Se jubila la señora del cuarto segunda, que se encargaba de la limpieza diaria del bloque, y propone que la comunidad contrate a la joven del segundo primera. Le pagaremos la seguridad social y un sueldo de dos horas al día. “Lleva casi tres años sin trabajo”, me susurra Juan, “desde que cerraron la fábrica donde trabajaba de administrativa y se le ha acabado el paro”. Observo su cara, pálida, desnuda de aquella vitalidad furibunda. Clava los ojos en el suelo mientras votamos. Escarba con la mirada. La humilla. Su marido, en cambio, mira una por una nuestras manos que se levantan y nos da, uno por uno, sin palabras, las gracias.

MARIO BELLATIN

Nació en Ciudad de México en 1960.

Entre otros libros, publicó *Salón de belleza*, *La escuela del dolor humano de Sechuán*, *Perros héroes*, *La condición de las flores* y *La biografía ilustrada de Mishima*.

También llevó adelante distintos proyectos como la Escuela Dinámica de Escritores, las películas *Salón de Belleza* y *Bola Negra* y proyectos editoriales utópicos como “Los cien mil libros de Mario Bellatin”. Recibió el Premio Médicis y el Premio Xavier Villaurrutia.

EL PAGO POR SER

Como nunca antes había hecho una película, el día que tuve la oportunidad de dirigir un largometraje quise llevar las cosas al límite. El filme trataba de algo relacionado con las Muertas de Juárez, y mientras filmábamos advertimos que del otro lado del muro fronterizo los guardias norteamericanos eran los únicos testigos de las atrocidades sin hacer nada para impedir las. Queriendo saber cuál era su grado de operación le sugerí al camarógrafo saltar el muro y entrar corriendo en tierra extranjera a ver qué sucedía. Yo había detectado como a un kilómetro de distancia una camioneta de la guardia fronteriza, tendríamos tiempo de volver a saltar el muro en caso de que reaccionara. Hacia el otro lado todo era desierto. Hicimos lo planificado, se supone que filmando nuestra osadía, y mientras corríamos oímos unos disparos y al resto del grupo que se había quedado en el lado mexicano gritando que volviéramos. De la nada había aparecido otra Border Patrol, que no sólo nos disparaba sino que estaba ya casi encima de nosotros. Ignoro cómo pudimos saltar el muro nuevamente y ver atrás cómo las camionetas se juntaban segundos después en el lugar donde habíamos estado. Recuerdo que comenzamos desde el lado mexicano a hacer señas obscenas a los vidrios polarizados de los vehículos. Cuando intentamos ver las tomas advertimos que producto del terror nada había sido filmado. Luego me enteré de las torturas a las que someten a

quienes son atrapados realizando una acción semejante, aparte de ser colocado en una nómina de terrorista internacional. ¿Qué había estado buscando con una ocurrencia semejante? ¿Encontrar quizá por medio del peligro legitimar un arte que no me correspondía? Un pago, que vemos con frecuencia, son capaces de llevar a cabo quienes no pertenecen. Ya no sólo aceptar las humillaciones a las que estamos acostumbrados a ser testigos sino incluso dar el futuro o la vida con tal de hacer pasar lo falso por verdadero. Hasta el día de hoy, cada vez que cruzo migración por algún aeropuerto norteamericano siento el temor de ver aparecer en la pantalla del supervisor el video de las muecas absurdas y grotescas hechas a una camioneta blindada. Acto seguido me imagino metido en una mazmorra pagando la culpa de querer ser lo que no soy.

ERCOLE LISSARDI

Nació en Montevideo en 1951.

Es narrador y ensayista. Entre otras novelas, publicó *Aurora lunar*, *Últimas conversaciones con el fauno*, *Interludio interlunio*, *Evangelio para el fin de los tiempos*, *Ulisa* y *La vida en el espejo*. También publicó ensayos sobre temas de erótica en el semanario *Brecha*, en el mensual *Relaciones*, en *Ñácate* y en el volumen colectivo *Porno y postporno*.

MEMORIA Y ÁNGEL

Yo soy el Ángel de la Historia. Una tormenta poderosa me empuja hacia el Paraíso, tan poderosa que me impide cerrar mis alas, cosa que quisiera hacer para detenerme un momento todavía. Porque mis ojos están aún vueltos hacia el Pasado, en el que ven no una desgraciada cadena de eventos sino una gran y única catástrofe. Mi infinita y angelical compasión desearía que me detenga, un momento todavía, para revivir a los muertos, sanar a los torturados, restaurar lo roto y lo destrozado. Pero no es posible, el viento me empuja hacia el Paraíso incesantemente, y la montaña de cadáveres y ruinas llega casi hasta el cielo. Me doy por vencido, me rindo, me entrego al Paraíso, olvido todo, borro toda memoria.

Fundación Costantini
Museo de Arte Latinoamericano
de Buenos Aires

Presidente
Eduardo F. Costantini

Director Artístico
Agustín Pérez Rubio

Asistente
Daniela Rial

Gerente General
Emilio Xarrier

Curaduría

Coordinadora Ejecutiva
Victoria Giraudo

Asistente
Romina Borengiu

Coordinación de Proyectos
Josefina Barcia

Registro
María Florencia Cambón

Gestión de Colección
Ángeles Devoto

*Gestión y Coordinación
de Montaje*
Mariano Dal Verme

Producción y Montaje
Andrés Toro

Iluminación y Multimedia
Heriberto Ramón Rodríguez

Asistente Técnico
José Luis Rial

Asistente General
María Costantini

Comunicación y Publicaciones

Coordinadora Ejecutiva
Guadalupe Requena

Coordinadora de Publicaciones
Socorro Giménez Cubillos

Editor Web
Fernando Bruno

Diseñador Gráfico
Pablo Branchini

Responsable de Prensa
Soledad Álvarez Campos

Programas Públicos

Coordinadora Ejecutiva
Lucrecia Palacios

Asistente
Maite Paramio

*Coordinadora
de Educación*
Renata Cervetto

Gestión y Programación
Laura Scotti

Educadores
Solana Finkelstein
Alejandro Rozenholz
Diego Murphy
Daniela Seco
Mariano Nicolai

Asistentes de Educación
Fiorella Talamo
Gabriela Santagostino

Cine

Coordinador de Cine
Fernando Martín Peña

Asistente
Maximiliano Basso Gold

Ayudante de Sala
Francisco Lezama

Proyectorista
Manuel Pose

Literatura

*Coordinadora
de Literatura*
María Soledad Costantini

*Gestión y
Programación*
Carla Scarpatti
Magdalena Arrupe

Tienda

Coordinador
Facundo De Falco

Asistentes
Horacio Cornejo
Mauricio Sosa

Atención al Público
Clara María España
Soledad Viscarra Claros
Elías Paz Villegas

**Administración
y Finanzas**

Coordinador
Adrián Lanzós

Asistentes
Sabrina Lemos
Gabriela Lemos

Coordinadora
Recursos Humanos
Paula Cantariño

Recepción
Marisabel Del Fiore

*Cajas y Atención
al Público*
Lucila Posada
Ivón Vallejos
Silvia Lucero
Paula López
Mónica Lizzi
Gabriela Albornoz
Leonardo Belvedere
Ángela Eslava Ortega
Anahí Ochmichen
Priscila Rojas Albornoz
Juan Valenzuela Cruzat
María Sol Grünschläger

Eventos
Romina Pérez

Sistemas
Ricardo Lasa

Intendente
Luis Limeres

Auditorio
Andrés Smith

Jefe de Mantenimiento
Juan C. Carrizo

*Técnicos de
Mantenimiento Edificio*
Arnaldo Coronel Veira
Christian D'Alessandro
Morales
Nelson Vargas
Nicolás Verón

Maestranza
Laly Largo Torres
José Insaurralde
Julio César Calgaro

**Comité de Adquisiciones
y Programas Públicos**

Coordinadora Ejecutiva
Elena Nofal

Asistente
Camila Knowles

Malba Amigos

Comisión Directiva

Presidente
Horacio Areco

Vicepresidenta Primera
Amalia Monpelat

Vicepresidenta Segunda
Josefina Maxit

Tesorero
Luis M. González Lanuza

Secretario
Mario Zirardini

Prosecretaria
Elena Nofal

Vocales Titulares
Silvina Lage
Clara Torresagasti

Vocal Suplente
Sofía Aldao

Comisión
Revisora de Cuentas

Miembros Titulares
Alicia Costa
Myriam Costa
Timothy Gibbs

Miembros Suplentes
Luis Orellano
Antonio Lanusse

Asistente Ejecutiva
Belén Redondo

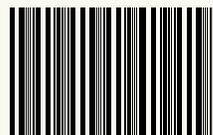
Atención Amigos
Florencia González Moreno

Se terminó de imprimir en septiembre 2016,
en los talleres de Platt - Grupo Impresor,
Santa María del Buen Aire 456,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Las historias de *Me lo llevaré a la sepultura* componen un recorrido literario que se detiene en momentos claves de la historia del siglo XX a través de la mirada de treinta escritores de diecinueve países nacidos entre 1930 y 1980 en una edición que incluye textos en siete idiomas acompañados de una traducción al español.

"¿Recuerda qué hacía aquella mañana de septiembre cuando dos aviones se estrellaron contra las Torres Gemelas? ¿Y aquel día de 1989 cuando el ejército chino reprimió a los estudiantes que se manifestaban en la Plaza de Tiananmen? A modo de ejercicio literario y siguiendo el camino trazado por Joe Brainard y Georges Perec, treinta autores reconocidos de diecinueve países narraron experiencias personales relacionadas con algún hecho histórico. El resultado es una gran variedad de estilos y procedimientos, de miradas y de recuerdos...". LA NACIÓN

MALBA



23453457567867894345534